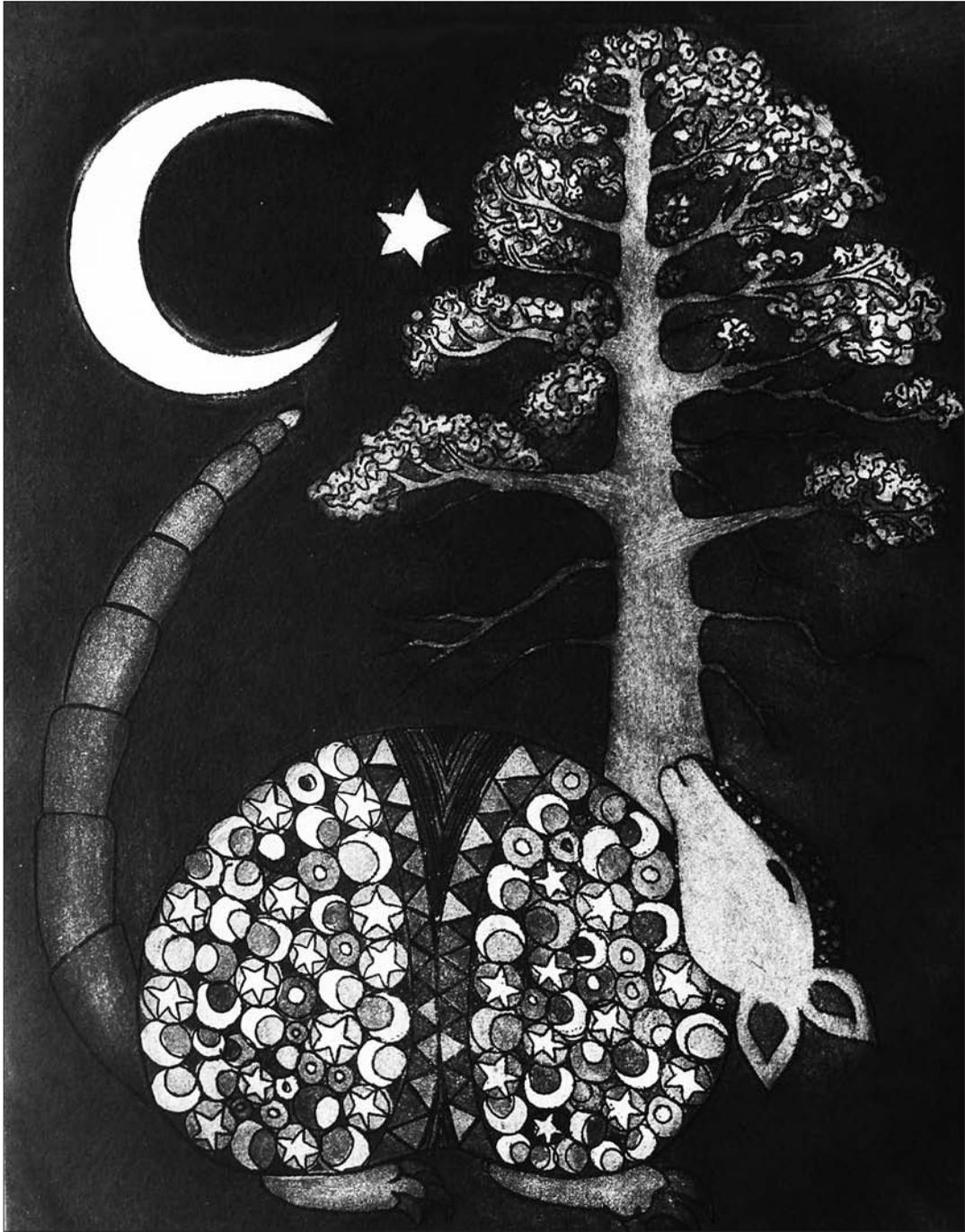




LA REVISTA DE LOS ESTUDIANTES UNIVERSITARIOS

ILUSTRACIÓN DE ESTE NÚMERO

María Eugenia Figueroa (Cuicatlán, Oaxaca). Hizo estudios en la Universidad Autónoma de Puebla, en el Instituto de Bellas Artes de Puebla y en la Escuela Nacional de Artes Plásticas de la UNAM. Ha participado en distintas exposiciones nacionales e internacionales de manera individual y colectiva. Ha trabajado con el maestro Jesús Martínez en la hechura e impresión de placas de artistas como Francisco Toledo, Francisco Moreno Capdevila y Luis Nishizawa, entre otros. Ha impartido cursos de grabado en metal en varios estados de la República Mexicana. Es profesora titular del Taller 101 Francisco Moreno Capdevila de la Escuela Nacional de Artes Plásticas.



María Eugenia Figueroa, *Homenaje a Hermann Bellinghausen*, aguafuerte y aguatinta, 20 × 25 cm, 1995

EDITORIAL	7
DEL ÁRBOL GENEALÓGICO	
Casa en el viento / Claudia Posadas	8
CONCURSO 40 DE PUNTO DE PARTIDA	13
SEGUNDA ENTREGA	14
La prenda (cuento breve) / Sofía Tierno Tejera	15
Cementerio de niños (cuento breve) / Antonio Rohman Montufar Melo	17
Caso cerrado (traducción) / Yasmín Chombo Sánchez	18
Nuevo Circo Massimo (crónica) / César Alejandro Gabriel Fonseca	21
Fango, fe y Fidencio (fotografía) / Alejandro Dayan Saldívar Chávez	24
Desechos (gráfica) / Omar Ocampo Flores	32
POESÍA LATINOAMERICANA RECIENTE	37
Las líneas en el mapa se prolongan / Luis Paniagua	38
Oswaldo Hernández	39
Fábio Aristimunho Vargas	44
Ernesto Carrión	47
Rafael Rocha Daud	51
Juan José Rodríguez	55
Pablo Benítez	60
Donny Correia	64
Krisma Mancía	68
Wladimir Zambrano	72
EL RESEÑARIO	
Después de Little Boy / Arturo Vallejo Novoa	77

UNIVERSIDAD NACIONAL
AUTÓNOMA DE MÉXICO

José Narro Robles
Rector

Sealtiel Alatríste
Coordinador de Difusión Cultural

Rosa Beltrán
Directora de Literatura



LA REVISTA DE LOS ESTUDIANTES UNIVERSITARIOS

Número 157, septiembre-octubre 2009
Fundada en 1966

Edición: Carmina Estrada
Redacción: Rodrigo Martínez, Luis Paniagua
Asistencia secretarial: Lucina Huerta

Diseño original: Rafael Olvera
Diseño de este número: María Luisa Martínez Passarge
Ilustración y portada de este número: María Eugenia Figueroa
Impresión en offset: Imprenta de Juan Pablos S.A.
Malintzin 199, Col. Del Carmen Coyoacán, 04100, México, D.F.

La responsabilidad de los textos publicados en *Punto de partida* recae exclusivamente en sus autores, y su contenido no refleja necesariamente el criterio de la institución.

Punto de partida es una publicación bimestral editada por la Dirección de Literatura de la Coordinación de Difusión Cultural de la Universidad Nacional Autónoma de México. Insurgentes Sur 3000, Ciudad Universitaria, 04510 ISSN: 0188-381X. Certificado de licitud de título: 5851. Certificado de licitud de contenido: 4524. Reserva de derechos: 04-2002-03214425200-102.

Dirigir correspondencia y colaboraciones a *Punto de partida*, Dirección de Literatura, Zona Administrativa Exterior, Edificio C, primer piso, Ciudad Universitaria, Coyoacán, México, D.F., 04510.
Tel.: 56 22 62 01
Fax: 56 22 62 43
correo electrónico: partidar@servidor.unam.mx
www.puntodepartida.unam.mx
www.puntoenlinea.unam.mx

Tiraje: 1000 ejemplares en papel cultural de 90 gramos,
forros en cartulina Domtar Sandpiper de 216 gramos.

Uno de los aspectos más gratificantes de mi labor como editora en este entrañable proyecto de la Universidad Nacional es ver cómo por él transitan jóvenes que confirman su vocación a partir de estas páginas. El número pasado tocó el turno al poeta Luis Felipe Fabre, y en éste hace lo propio Claudia Posadas, quien habiendo ganado el premio de poesía de esta revista en 1997, recorre con paso firme su camino en las letras mexicanas y acumula ya diversas publicaciones y reconocimientos. Posadas regresa a *Punto de partida* con el poema “Casa en el viento”, que ocupa nuestro Árbol Genealógico y es, en coincidencia con el ánimo de esta sección, su regalo a las nuevas generaciones de escritores y lectores.

El número incluye dos *dossiers*: uno es la segunda entrega de trabajos premiados en el Concurso 40 de *Punto de partida*; el otro está dedicado a la poesía latinoamericana reciente. El primero abre con los ganadores de cuento breve: “La prenda”, relato pleno de tensión dramática, obra de Sofía Tierno Tejera; y “Cementerio de niños”, minificción de Antonio Montufar, apenas una línea, ejemplo de condensación narrativa. Presentamos también la crónica ganadora de segundo premio, “Nuevo Circo Massimo”, de César Alejandro Gabriel Fonseca, y la traducción que obtuvo el primer premio en su categoría, realizada por Yasmín Chombo: “Caso cerrado” (“Affaire classée”), relato de Jean-Luc Raharimanana, escritor nacido en Madagascar y vecindado en Francia desde 1989. Cerramos la sección de concurso con los trabajos acreedores de segundos premios en fotografía y gráfica: la serie documental “Fango, fe y Fidencio”, retrato de un culto que tiene su origen en Espinazo, Nuevo León, en las primeras décadas del siglo XX; y “Desechos”, aguafuertes de corte realista de Omar Ocampo Flores.

La segunda parte de esta edición es el *dossier* preparado por el poeta Luis Panagua, una mirada sucinta pero sustanciosa a la obra de nueve poetas de tres países —Brasil, Ecuador y El Salvador—, que complementa una primera selección publicada a principios de año en esta revista. La reunión de estas voces, en palabras del compilador, “más que una contribución a cánones y legitimaciones, es un afán de proponer a los lectores otros acercamientos, desde diversos ángulos, distintos decires y diferentes formas de abordar un mismo ‘ómnibus’: el de la poesía joven latinoamericana”. *Punto de partida* presenta esta muestra con el ánimo de vincular la creación joven iberoamericana y contribuir así al ideal de integración de las distintas parcelas literarias que pueblan el continente.

El número se completa con una reseña de Arturo Vallejo Novoa sobre la novela más reciente del narrador bajacaliforniano Daniel Sada, y con la reproducción de obra de María Eugenia Figueroa, académica de la Escuela Nacional de Artes Plásticas de la UNAM, quien generosamente comparte con nosotros un muestrario de su trabajo gráfico. A ella, a nuestros lectores y colaboradores, muchas gracias por participar en este empeño de la Universidad Nacional Autónoma de México. ●

Carmina Estrada

Casa en el viento

Claudia Posadas

Una ventana a mitad de la espesura,
lo recordado en la noche de sombras hirientes.

*(Evocar una casa en el bosque al final del camino,
la casa donde aguarda tu heredad y está abierta para ti la habitación de los juegos
donde viste la Llama por primera vez,
—aunque en ese entonces no supiste que sería la última—).*

Una ventana lo que se guarda solamente de todo aquello reducido a polvo,
sofocamiento, colapso de lo que se creía un recinto de la sangre
una ventana,
quizá la única pertenencia verdadera
porque fue la primera noción de inmensidad (la más íntima y poderosa),
la promesa del mundo.

Por ese espacio vivo,
liminar escenario de la materia y la luz,
se fue consumiendo la rotación de los días:
en verano, el vapor de la lluvia al disolverse en los tejados,
las espirales de hojas secas del otoño,
nubes como espíritus salvajes de los aires,
luces de la ciudad aglomerándose en murmullos creciendo-decreciendo,
el frío incandescente del haz lunar.

El cielo, en ocasiones, era un espejo reflejando la edad de la pureza
en el que solitarios cometas se perdían como niños arrojados al viento

(el deseo de tripular la cauda),

o en el que mínimas esferas, en la víspera de aquellas noches de magia de los primeros años
(inicial misterio para abrir el corazón a otros misterios),

eran lanzadas a los aires como pequeños satélites que llevasen nuevas de este mundo a otros
mundos

(el deseo de enviar una palabra, la música, el pensamiento).

Y alguna vez, consumada la unión entre el fuego solar y las separaciones de vientos contrarios,

La Fata Morgana

La Ciudad Celeste

(sus ejércitos sidéreos custodiando la Rosa Coronada)

el espejismo desde una ventana del sueño...

Todo era una fuerza prodigándose a través del ventanal,
pero por sobre todas las cosas,

el oro de la tarde.

Y el cielo y el viento como el reino prometido,
aunque en el cumplimiento de los años
y de esas fatalidades anunciadas por quietudes repentinas del paisaje,
por retrocesos de las aguas augurándonos Tsunami,
la ventana se tornó una costumbre una indiferencia,
la grieta donde se fugó la promesa.

La ventana
como único resquicio,
un respiradero mínimo en lo alto de los muros,
era una evidencia de la cárcel, de la asfixia
y respirar era imposible
cercado el aspirar por el odio que horadaba a los muertos de esa casa.

Y sin embargo también fue la hondura de luz,
el argumento del escape.

Hoy es lo que resta del naufragio de esa casa cuyo principio y fin era el derrumbe,
sostenerse en ese espacio que se abisma hacia el vacío.

Y al perder el andamiaje de una casa,
qué sentido tiene lo habitado y dicho en esa entraña,
o es que todo fue un mal sueño,
una deformación de los deseos de luz y de mundo,
la trama de una conciencia ajena,
o un desafío más en los que debe templarse el espíritu.

Dónde quedó la pureza,
acaso una mentira su pequeño, pero inolvidable gozo,
qué fue de sus objetos amados,
el caer de la arena de un reloj,
los insectos de luz orbitando alrededor del asombro,
el cuaderno de los primeros signos que no pueden recordarse.

*(Evocar remotamente el fuego de una casa donde nadie vivía,
una casa a lo lejos de la noche y del bosque;
también, la vaga iridiscencia de una piedra de la suerte...)*

Qué fue de la inmanente pertenencia al reino,
o es que la pureza y lo vivido existen en la ausencia,
o al fondo de un espejo extraviado en memorias que no sucedieron.

Será posible mantener el templo sin los hábitos de una costumbre
y sin historia,
porque la historia misma es la negación de la voluntad construida;
cómo arrancarme la furia de encarar en sueño a los muertos,
cómo alejar esa corriente maligna que traspasa la noche
e invade mis actos como un llanto, una potencia indomeñable.

Y de nuevo hallarme en medio del bosque y las hilarantes sombras
y sin mi piedra de la suerte,
y no saber el camino a casa porque pájaros oscuros se hayan comido el rastro que me llevaría
de regreso,
o es que a lo mejor no hay un camino porque no supe trazarlo
estancada en la trinchera de impotencia con que defendí mi índole-mis llamas
de esos muertos heridos por las leyes de su miedo y su materia.

O quizá dibujé el camino en el mapa atado en las caudas del cometa y de la esfera,
y que ahora son lejanos puntos de luz errando en el infinito.

Alcanzar la cauda y tal vez recuperar el mapa,
y descifrar la ruta a la casa del bosque
o el conjuro de un retorno sin duelo ni furia a la casa del odio.

*(Alguien enciende un fuego en la casa a orillas del lago;
el haz del incendio, como un desborde atravesando puertas y ventanas,
deslumbra el camino...)*

Alcanzar la esfera y el cometa y ser como esos niños perdidos en el viento,
con su sola libertad y su tristeza

desafiando el vacío inmenso.

Claudia Posadas (Ciudad de México, 1970). Ha sido becaria del Fonca-Conaculta en el Programa de Intercambio de Residencias Artísticas para Chile (2008) y, de la misma institución, ha obtenido las becas de Jóvenes Creadores en poesía (emisiones 2000 y 2005), y en el Programa de Fomento a Proyectos y Coinversiones Culturales con una investigación sobre literatura iberoamericana contemporánea (2002). Ha publicado *La memoria blanca de los muros* (UAM, 1997), *Lapis aurea* (Consejo Nacional para la Cultura y las Artes México y Chile, LunArena Editorial, 2008) y *Consolament* (LunArena Editorial, 2009). Poemas suyos han sido incluidos en antologías como *RevistAtlántica de Poesía. Poesía mexicana contemporánea* (Cádiz, 2006), así como en los *Anuarios de poesía mexicana 2004, 2005 y 2006*, editados por el FCE. Compiló el libro *En el rigor del vaso que la aclara el agua toma forma. Homenaje de poetas jóvenes a Gorostiza* (FETA, 2001, prólogo de Julio Ortega). En 1997 obtuvo el Primer lugar en poesía en el XXIX Concurso de la revista *Punto de partida*. Ha sido becaria de la Fundación Nuevo Periodismo Latinoamericano (2002).



Concurso 40 de Punto de partida

Concurso 40

Segunda entrega



CUENTO BREVE / Jurado: Alberto Chimal, Ana García Bergua, Mónica Lavín

La prenda / Primer premio

Sofía Tierno Tejera, maestría en Letras

Facultad de Filosofía y Letras, UNAM

Cementerio de niños / Segundo premio

Antonio Rohman Montufar Melo, Psicología

Facultad de Psicología, UNAM

TRADUCCIÓN LITERARIA / Jurado: Marina Fe, Mónica Mansour

Caso cerrado (Affaire classée, de J. L. Raharimanana) / Primer premio

Yasmín Chombo Sánchez, maestría en Traducción

El Colegio de México

CRÓNICA / Jurado: Marco Lara Klahr, Emiliano Pérez Cruz

Nuevo Circo Massimo / Segundo premio

César Alejandro Gabriel Fonseca, Comunicación y Periodismo

Facultad de Estudios Superiores Aragón, UNAM

FOTOGRAFÍA / Jurado: Lourdes Almeida, Javier Hinojosa, Fernanda Sánchez Paredes

Fango, fe y Fidencio / Segundo premio

Alejandro Dayan Saldívar Chávez, Ciencias de la Comunicación

Facultad de Ciencias Políticas y Sociales, UNAM

GRÁFICA / Jurado: Gilda Castillo, Santiago Ortega, Ana Miriam Peláez

Desechos / Segundo premio

Omar Ocampo Flores, Artes Visuales

Escuela Nacional de Artes Plásticas, UNAM

La prenda

Sofía Tierno Tejera

FACULTAD DE FILOSOFÍA Y LETRAS-UNAM

Nunca penetres en la casa por el umbral de la fachada delantera. Lo primero que hallarás frente a ti, al abrir la puerta, será un maniquí y una inscripción en una pequeña tarima triangular que lo sostiene: “Para cruzar el verdadero umbral de la casa debes dejar una prenda.”

El maniquí es estrambótico, extravagante, amable... De él pende todo tipo de prendas, modas que vinieron, se fueron y regresan. Objetos cuya función ya nadie reconocería. Leotardos a rayas, de lana, de lycra, bufandas de todos los tamaños, gafas con cristales de varios grosores, pelucas hilvanadas con cabellos de diferentes colores y tonalidades, corbatas negras, de lunares, camisas, chamarras cuarteadas, aretes de oro, de plástico, de cristal, de ámbar... Sombreros hongos, sombreros de copa, bastones y cayados de punta de acero o madera, faldas cortas, largas, con vuelo, ceñidas, vestidos de cola, con volantes, plisados... Pantalones vaqueros, de pana, de hilo, de cuero, zapatos, zapatillas, mocasines, chanclas, de tacón, planos, de plataforma, de piel, de tela, sandalias, calcetines, alfileres, relojes, gorros, guantes, perlas, lupas, anteojos, pulseras, pajaritas, trajes de baño...

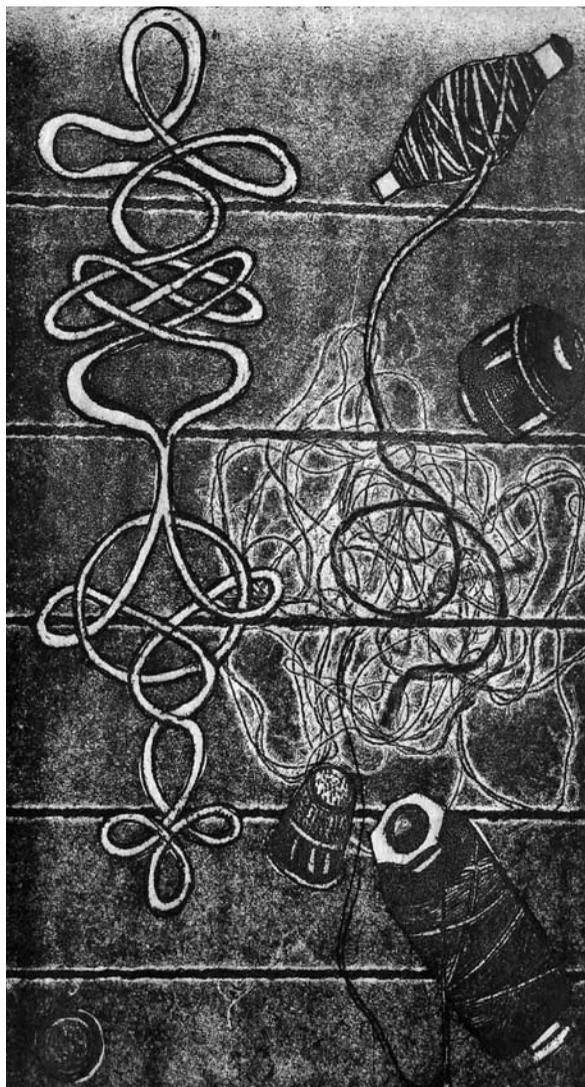
Caricias de ropa encima de caricias de ropa hasta el marasmo, el mareo, la sonrisa...

Te encantaría...

Pero no el cartel que sobre la base dice: “Para cruzar el verdadero umbral de la casa debes dejar una prenda.”

Estarás entre dos umbrales: tras uno, oxígeno; tras otro, misterio. Pero tendrás un impedimento: la puerta sólo se puede abrir desde fuera. Jamás intentes forzarla...

Tal vez al principio te parezca gracioso. Llevas anillos suficientes para desprenderte de uno, aquel que



Material para restañar heridas, barniz blando, 15 × 25 cm, 2002

nadie te ha regalado. El maniquí tiene dedos, finos dedos de plástico blando, incluso el artesano ha texturizado su piel y su tacto te estremece. Deslizas un anillo por su dedo —cargado de más anillos—, es como comprometerte —¿a qué?— ...

Ahora puedes penetrar en el segundo umbral, el verdadero.

El camino es fácil, incluso risible, está marcado. Un pasillo con puertas a ambos lados, todas cerradas, como cabinas herméticas, amenazantes, como conspiradores de tu destino —aún incierto—. Sólo una puerta se abre, está al fondo. La manivela es fría, como tu mano. Es el umbral de salida...

Nunca salgas de la casa por el umbral de la fachada trasera. Lo primero que hallarás frente a ti, al abrir la puerta, será una estancia, y en el centro —éste sí, sonriendo— un maniquí y una inscripción en una pequeña tarima rectangular que lo sostiene: “Para cruzar el verdadero umbral de la casa debes dejar una prenda, tu prenda.”

Al principio te parece desvarío, grotesca forma de burlar tu inteligencia. Luego piensas y comprendes. El TU es un marcador preciso, una batuta que señala sin equívocos, es la prenda de la que te desprendiste. Corres por el pasillo hacia la otra puerta —el verdadero umbral de entrada— que ahora te muestra su otro rostro —aquel en el que no fijaste la mirada—. Sombrío, observas al maniquí; sigue siendo estrambótico, extravagante, amable... pero ahora te parece algo perverso, hiriente, amenazante. De él pende todo tipo de prendas, la tuya pende, pero no la reconoces, no la reconoces...

Sabes que no es una cuestión de memoria, sino de pertenencia, pero justo la prenda que dejaste era la que menos valorabas, la que apenas pesaba en tu cuerpo, aquella que estaba un día u otro, aquella por la que nunca llorarías si la perdieras, aquella que no era símbolo sino adorno, aquella que no tenía mayor artificio que la labor del artesano...

Te concentras, observas como un demente miles y miles de telas amontonadas, de cadenas oxidadas, de corbatas arrugadas, de pantalones desgastados, de zapatos cuarteados, de camisas levemente rasgadas... Pero no recuerdas, no recuerdas...

De pronto comprendes: sólo tu prenda te permite cruzar el otro umbral. No eres el primero que penetra en la casa y el otro maniquí está desnudo. ●

Cementerio de niños

Antonio Rohman Montufar Melo

FACULTAD DE PSICOLOGÍA-UNAM

Ya veo. Con que aquí es donde Dios guarda sus minificciones. ●



Transición (detalle), aguafuerte, aguatinta, barniz blando y mezzotinta, 45 × 33 cm, 1990

Caso cerrado

Yasmín Chombo Sánchez

EL COLEGIO DE MÉXICO

Título original: "Affaire classée"

Jean-Luc Raharimanana, *Lucarne*, Le Serpent à Plumes, Francia, 1996

La mujer dejó de llorar y abrió el vientre de su hijo muerto. El cuchillo desgarró la piel, se hundió en la carne ya azul. La sangre no corrió. Jaló las entrañas. Cortó. Arrancó el pequeño corazón. Cercenó las venas. Los pulmones se encogieron con un chillido de aire. Vació el cuerpo. Las lágrimas eran como ácido en sus mejillas. Volvió a hipar, a temblar. Tiró los órganos en la bolsa de basura. Sus manos estaban pegajosas, la carne podrida había secretado un líquido viscoso y nauseabundo. Puso al niño en la bañera, lavó el cuerpo vacío. Tomó su bolso, sacó los paquetitos, relleno el vientre del niño y volvió a coser la piel. Inyectó el formol en las venas reventadas. Vistió el cadáver. A nadie se le ocurriría hallar droga en él.

Salió. No sabía que era de noche. Todo estaba ya tan negro. Todo estaba ya tan oscuro. No oía el mar que se acariciaba y quejaba en las playas. No oía las olas que lamían los cascos de los barcos. Sólo veía esa luz que brillaba allá en el *dhow*.¹ Caminaba derecho, sin voltear, apretaba el pequeño cuerpo contra ella.

Subió al navío, sin darse cuenta de su precario equilibrio. Bajó al camarote. Ahí estaba esperándola el hombre.

—¿Ya está?

Ella lloró. Lloró. El niño muerto rodó sobre el piso de madera del navío. Se hubiera dicho una muñeca de piedra, una escultura de plata, de oro o de cobre. La mu-

jer gemía, ovillada en su propio cuerpo. Quiso que sus lágrimas fueran puntas y lanzas. Quiso empalarse en el filo de sus lágrimas.

El hombre empuñó su cabellera y le levantó el rostro. Ella no lo veía. No veía nada. Nada. Nada. Nada. Nada...
¡Nada!

Cayó bajo los golpes, cayó bajo los escupitajos. El hombre la volvió a atar debajo de la litera y se fue. La mujer ahogó sus lágrimas, pero vio a la altura de su cara al niño muerto, que rodaba al ritmo de los zarandeos del *dhow*. Aulló hasta hacer estallar su garganta y su conciencia. Aulló y la sangre corrió por su nariz, la sangre corrió por sus ojos. Aulló y sintió en sus sienes un desgarramiento fulgurante. Ahí entregó su alma y se volvió loca.

Era también bajo esa litera que había parido a su hijo. Su vientre casi tocaba la base. Habría querido subir las piernas para abrir su vagina y sacar al niño. Habría querido tener más espacio. Gemía, pedía auxilio. Sus manos se descarapelaban bajo sus ataduras mientras sentía que los huesos se le rompían. El niño ya no quería su seno, el niño estaba forzando el paso. Ella pujó. Pujó. Lloraba. La vida del niño se debilitaba dentro de ella. Sentía que su aliento se encogía y se retiraba suavemente de su corazón. Ella no quería. No, no quería. Con toda su alma. Con todo su amor. Se golpeó la cabeza contra la litera. No dejaba de aullar. Sufría. El niño ya no se movía. Se llenó de miedo y pateó el piso. Fue cuando el hombre volvió a aparecer. Había entendido rápido. Metió las

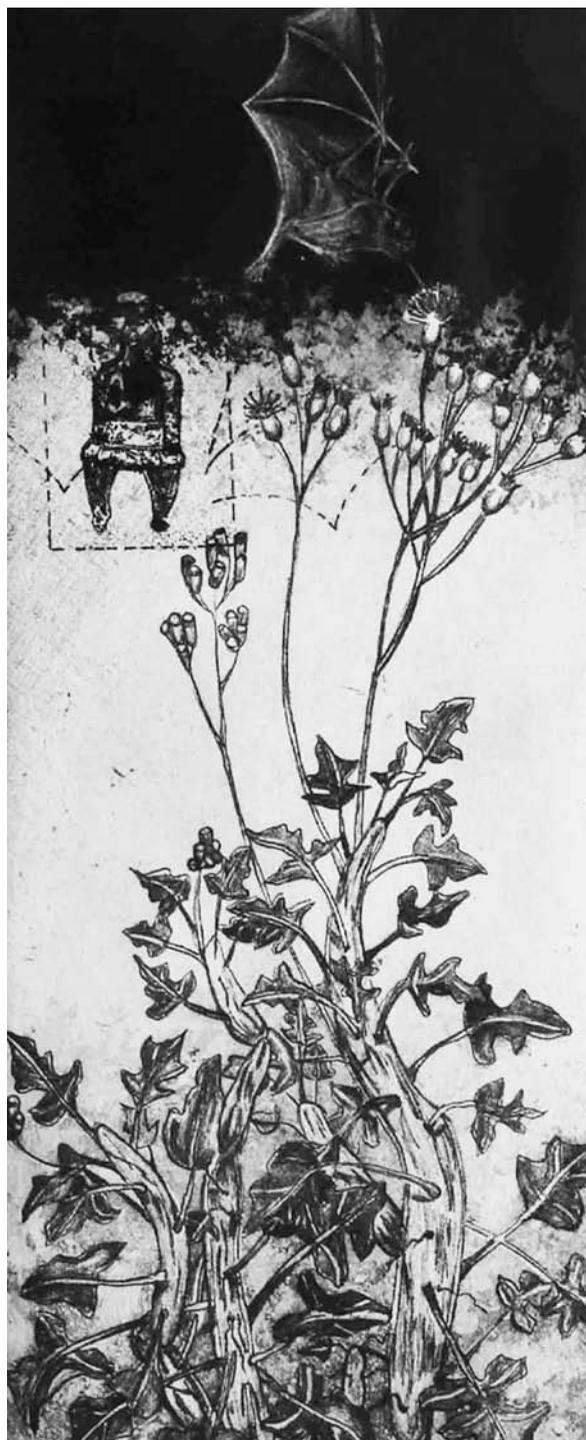
¹ Pequeño barco árabe de velas y con la popa muy elevada, empleado frecuentemente para contrabandear en el océano Índico, pues suele ser muy veloz. [N. de la T.]

manos en ella, alcanzó la cabeza del niño. Había jalado. Había jalado como loco. La mujer no quería. Sabía que la vida había abandonado al niño. Volvió a cerrar las piernas. Contrajo todos los músculos para volver a absorber al niño en lo más profundo de su vientre. Aullaba. Gritaba que no era necesario, que no era necesario... El niño no debe irse. Gritaba. El hombre la abatió con un golpe seco en la garganta.

Cuando volvió en sí, el niño yacía a su lado. Al ras del suelo. En el piso. El *dhow* se zarandeaba. Afuera, el viento se había soltado. Las olas estaban furiosas. El agua parecía tan negra que se hubiera creído que todo el oscuro cielo se había vertido en ella. La mujer no sabía nada de todo esto. Sólo veía al niño desnudo y sanguinolento. Sólo veía al pequeño ser sin vida que todavía tenía en la boca las hierbas vaginales y en el estómago el largo cordón umbilical. El bebé era una pequeña niña, con los cabellos lacios, con la piel casi blanca, flor de las islas, mestiza de los trópicos. La mujer lloró. La mujer bloqueó toda su conciencia y olvidó que era su hija. Siempre lloraba, sólo hacía eso. No era rica. Lo único que hacía era corromper a un país que ya estaba perdido en la miseria y en el olvido. Era negra. Era esclava, una hija de *zombie*,² una posesión de los *djinns*...³

² Fantasma, alma en pena, aparecido (en las creencias antillanas y africanas). [N. de la T.]

³ Espíritu del aire, bueno o demoniaco (en las creencias árabes). [N. de la T.]



El murciélago, aguatinta, barniz blando y mezzotinta, 20 × 50 cm, 2006

El hombre entró. Aventó una bolsa al suelo. La mujer comprendió. No era la primera vez que hacían eso: él traía una bolsa, y ella... ella...

En ocasiones, el hombre volvía de la ciudad con el cadáver de un niño harapiento en los brazos, un niño recogido, un niño adoptado. Y procedían a su sucio trabajo. El hombre nunca había presenciado la “cirugía”. El hombre nunca había visto las manos de ella hundirse en las entrañas. El hombre era un ser civilizado. Ella ingería litros de alcohol. Se dejaba balancear al ritmo del *dhow*. Luego llamaba al espíritu. Luego llamaba a las almas errantes para que tomaran posesión de su ser. Bailaba en trance. Evacuaba su repugnancia. Se volvía como un gran pájaro que cruzaba el mar. Se volvía como un gran rapaz que cortaba el aire. Se liberaba de todo y entonces se abalanzaba sobre el cuerpo por vaciar. Ya no pertenecía a este mundo. Ya no existía en esta dimensión.

Enseguida el *dhow* dejaba el puerto, alcanzaba alta mar. Los guardacostas no se sorprendían nunca de la presencia de esos niños que se sucedían a bordo, niños tranquilos y con mucho sueño, niños muy bien educados. Los guardacostas no tenían por qué escrutar ese sueño de los ángeles. Con frecuencia, el intercambio se hacía al crepúsculo. Un fuera borda los abordaba, la tripulación embarcaba los paquetes, el hombre recibía el dinero. El *dhow* regresaba al puerto. El color era púrpura en todo el horizonte y el océano una inmensa vela deslumbrante. Rojo, color de los reyes. Rojo, color de los soberanos. Rojo, color de la Revolución.

Después el hombre la había poseído. Después el hombre la había embarazado, se había vuelto loco. La había atado debajo de la litera, con los brazos en cruz, con las piernas separadas. Ella no bajó ya a tierra sino ese día en el que él aventó la bolsa frente a ella, frente a su bebé muerto...

La mujer estaba loca desde hacía mucho pero no lo sabía. Era el niño que crecía en ella lo que mantenía

su lucidez. Estaba el feto que se hacía hombre, estaba el agua que se hacía cuerpo, una prórroga para su razón, una cuenta regresiva.

El hombre la había desatado. Ella envolvió al niño en una tela queapestaba a pescado. Bajó a tierra, corrió, lloraba.

—¿Ya está? ¿Ya está?

Aullaba en las calles y las personas se volvían a su paso. Tiró de un carro jalado por un hombre. Subió, miró al hombre robusto que llevaba el carro. Ella lloraba. Lloraba. El conductor evitaba con cuidado los baches que agujereaban el asfalto. Jalaba.

Luego, ella llegó, había subido los escalones podridos, había empujado la puerta desfondada. Había rebanado, tasajeado, rellenado, vuelto a coser.

El niño seguía rodando en el piso del pequeño camarote del *dhow*. La mujer ya no era dueña de sus pensamientos. La mujer ya no era dueña de sus miradas. Estaba completamente loca.

El hombre recorría todas las tabernas del puerto. El hombre se emborrachaba como el tifón se embriagaba de viento y torbellino. El hombre contaba toda su historia a sus compañeros de botella. El hombre deliraba. El hombre guacareaba su vida de antiguo mercenario y de soldado perdido. Aterrizó en una comisaría, lo confesó todo. Lo volvieron a encontrar ya por la mañana, con la garganta rebanada, tirado en los canales del desagüe.

El *dhow* se quemó misteriosamente en el desvencijado puerto. La loca. La niña bastarda.

Caso cerrado. ♣

Nuevo Circo Massimo

César Alejandro Gabriel Fonseca

FACULTAD DE ESTUDIOS SUPERIORES ARAGÓN-UNAM

Todos se alistan. El camino es el mismo. Soberbia, la noche comienza a presumir su máxima virtud y la congregación de varones se hace cada vez más intensa. Jóvenes estudiantes, algunos egresados y otros más que se anexan. Aún agotados por las clases en la universidad, deciden asistir a aquel espectáculo que saciará sus seis sentidos: los ya conocidos más el del sexo.

Hay quienes tratan de esconder lo ilícito de sus actos. Otros simplemente se dejan enfocar por las luces de las patrullas escolares para dejarse bañar todavía más por el glamour que éstas proporcionan con su tibieza, fogsidad y sensualidad a rojo y azul, girando 360 grados.

Ellos se desplazan por una de las avenidas principales de la Ciudad de México. Un paseo nocturno por las banquetas es la entrada gratuita a la premier permanente. Los boletos son de látex. Cada quien debe conseguirlos por su cuenta. No importa marca, textura, color, tamaño o sabor. Tiene mayor relevancia la cantidad.

Resulta extravagante la llegada a las diversas pistas. Las rocas negras son la analogía de los asientos; y las verjas, una maraña de árboles, hierbas, matorrales y demás elementos botánicos que la Tierra ha regalado al sur del Distrito Federal.

El ritual comenzó hace rato. Cuando la fragancia más delicada, a veces fuerte y otras hasta corriente, se disolvió en aquellos cuerpos esbeltos, algunos flácidos y otros atléticos. Empezó con los planes vía celular, con recaditos en los baños de la facultad, o simplemente “al

instante”: cuando los comediantes se conocieron en el metro, en la calle o por internet.

Las dimensiones del lugar son enormes. Las estrellas y la luna adornan la carpa imaginaria que se forma cuando los hombres, guiados por el fulgor de sus hormonas, dejan la ropa para dar inicio a su respectivo número.

Ya instalados dentro de aquella campestre sinonimia de la construcción que se encuentra entre los montes italianos Aventino y Palatino, utilizada para juegos y fiestas públicas, se da inicio, precisamente, a la Máxima Fiesta: la de la carne.

Tercera llamada, tercera llamada...

El estentóreo ruido del silencio humano será el que aclame a la multitud para dar luz verde al show. Son las miradas las que permiten que la energía de los participantes se active para lograr llevar a la cúspide su pieza correspondiente. Ojos que químicamente conquistan y hacen empatía para dar fineza, delicadeza, estilo, porte y elegancia al resultado de sus actos.

Como en cualquier circo, en éste también es común ver todo tipo de especímenes, en particular humanos del género masculino. Durante el verano, el brillo de las luciérnagas hará más galano aquel epicentro para varones deseosos de tener a otro abajo, enfrente o hasta encima de sí.

La caminata, ya dentro del Nuevo Circo Massimo, puede ser larga. Tal como el filme alemán *Von Liebe Leben*



Vientos huracanados..., barniz blando y bruñidor, 50 × 33 cm, s/f

er Moretto lo plasma en aquellas ruinas italianas. Cada uno de los actores debe ir en busca de su complemento. Ahí nadie tiene exclusividad para desenvolverse solo. No es el interés del público, que asiste con el objetivo de debutar en el show. El trabajo en conjunto es la regla.

Se abre el telón

Se presenta el primer encuentro visual. La plática previa, a veces, es fundamental. Hay ocasiones en las que se omite esa parte. Comienza el proceso de interacción. Besos, caricias y cachondeos abren el telón. El público empieza a conglomerarse.

Las manos de quien está dispuesto a triunfar recorren el bulto entre las piernas de su colega. El cuerpo de quien ya puso sus brazos en la parte trasera de aquel hombre con cara excitada se desplaza anclado en su totalidad hasta llegar abajo del ombligo. Con pezones que

imploran ser lamidos, sensualmente saca la varita mágica y accede a maniobrar con ella. Hace de aquel enderezado trozo de carne un ir y venir. Arriba y abajo. Adentro, afuera. Toca la punta con su lengua y lo hace llegar hasta el fondo de su garganta. Todos presencian tal pieza sin perder el tiempo, volteando a los lados para ver quién frota su artefacto y deja percibir el mismo encanto.

La estrella que prestó su órgano disfruta al máximo la actuación. Las expresiones faciales erizan los instrumentos ajenos. El artista que practica la representación gime ardientemente y babea por la satisfacción que le producen aquellos joviales y regocijantes veinte centímetros.

Brota asombrosamente el elixir de la “razón de ser” masculina. El número parece culminar. La atención del auditorio ha disminuido o se ha desviado a otra muestra minúscula disuelta entre los matorrales que decoran la esplendorosa pista.

El arte del malabarismo

Cuando la pasividad impera entre aquellos hombres cada vez más ardientes y deseosos de tener en sus manos un bulto como el que han visto, o un trasero varonil y bien formado, aparece un corredor “distráido”. Sudado, entrenado, erecto, estimulado, con un cuerpo que excita de tan sólo verlo, permite que lo aprecien.

El más aventurado comienza a tocarlo. El deportista quiere una pista donde únicamente haya palcos. No desea tener cerca a la muchedumbre. Quizás es peligroso por la intensidad de su acto.

Todos notan cómo se desliza la pareja entre los senderos de aquel vergel dorado de exquisita e insaciable vegetación y rocas filosas que no truncan los actos de ningún actor presente. Incluso, la dificultad del acceso hace más atractivo y enigmático lo que se apreciará a continuación.

Desde las extravagantes y duras gradas únicamente se percibe un short blanco desvanecerse de las atléticas piernas de aquel bronceado y velludo hombre con barba que embelesa a cualquier alma inclinada a las delicias masculinas. Su pareja saca el artificio de una bragueta que acompaña un pantalón ajustado verde militar y penetra aquel trasero perfecto, liso, carnoso y suave. Ambos, sin perder la concentración en las caricias, besos y cachondeos: *leitmotiv* del Nuevo Circo Massimo.

Número principal

Grillos, moscos, chapulines y demás fauna silvestre conforman la sinfonía que llama a presenciar, en una pista más alejada, el acto protagonista de la noche. Es un *performance* lleno de estética y sexualidad. Con ecos varoniles apasionados en magnífica sincronía.

Las lámparas de la escuela se han apagado. Ahora sólo quedan las luces de los automóviles que pasan por la avenida. A veces, algunos conductores se integran al público y hasta participan.

En el suelo se ve el resultado de cientos de jornadas de las que el circo ha sido escenario. Miles de envoltorios que en su interior guardaron en algún momento el

boleto de entrada. Ahí, sobre esa singular pista, hay dos seres disfrutando de un banquete sexual. Uno de los integrantes del público deja de ser un simple observador y toca suavemente, en contra del fulgor de sus hormonas, el cuerpo de alguno de los protagonistas, quien a su vez lo permite, y se forma un fabuloso trío. A esta magnífica obra se le anexan uno tras otro hasta armar una poliforme escultura humana.

Deviene una traslúcida resonancia de aquel microcosmos de la homosexualidad en celo. Siempre habrá alguien que se convierta en el centro de atención: “le meten y mete”. Otros chupan y les chupan. Todos manosean minuciosamente cada parte del cuerpo. El público no deja de mirar y, a su vez, se deleita con las manos que soban cada vez más intensamente su ya enorme herramienta: están los que lo hacen sobre su ropa y los que la sacan para presumir el hervor que insaciablemente exige ayuda.

Se cierra el telón

Cada vez pasan menos autos. Algunas puertas de acceso al campus han sido cerradas. El toque de queda anuncia la culminación del espectáculo.

La doble o hasta triple moral de algunos chicos con novia “regresa” a la normalidad. Los padres de familia “despistados” vuelven a ser los señores de la casa. Los profesores “admiten” nuevamente su ética. “Las obvias” han sido saciadas de su karma. Otros van satisfechos. Como en toda representación, también hay decepcionados y frustrados.

Todos los días son de diversión y entretenimiento. Las noches son de premier. Es permanencia voluntaria y a nadie se discrimina.

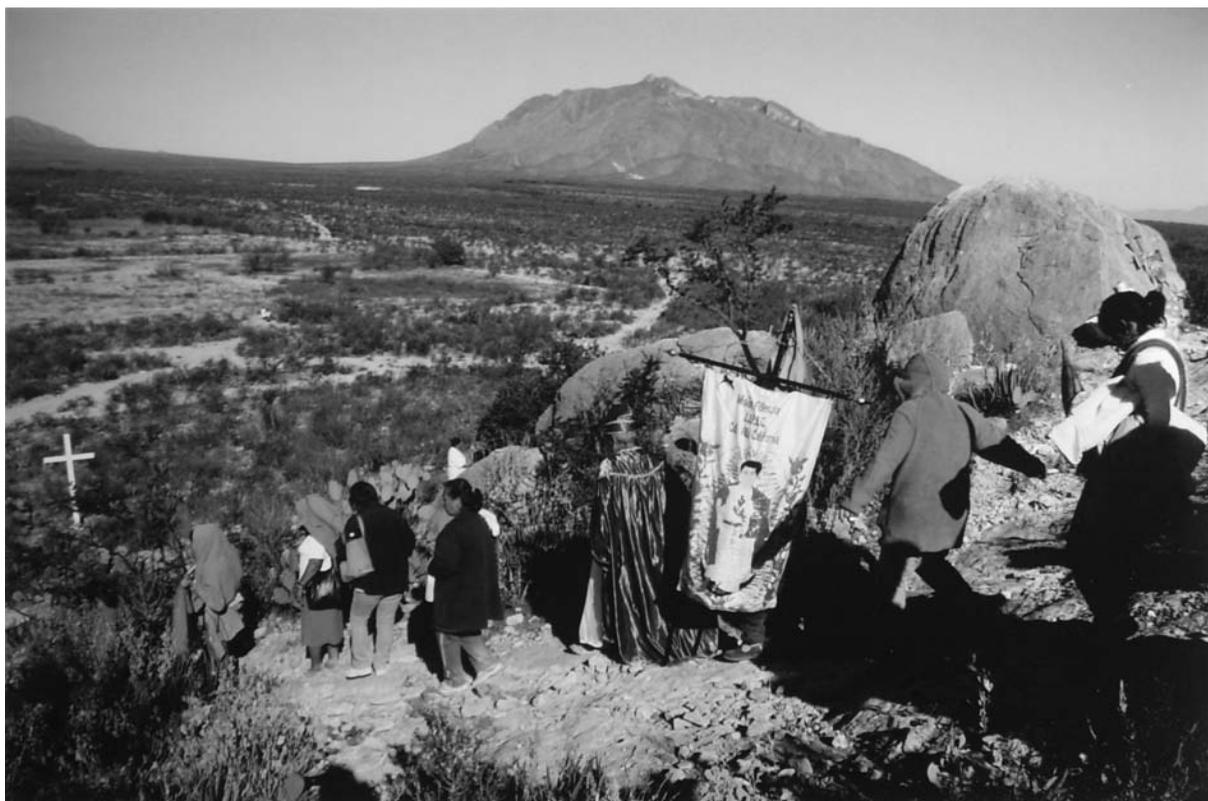
La luna no deja de brillar. Los artistas descienden “de la nada” entre rocas oscuras y matorrales. Aterrizan sobre el asfalto. Se mezclan nuevamente en aquella realidad oprimida, sosegada, reprimida.

Todos, al menos por ese día, abandonan la liberada, sensual, delicada y estética noche de la que les ha permitido ser protagonistas la magia del Nuevo Circo Massimo. **P**

Fango, fe y Fidencio

Alejandro Dayan Saldívar Chávez

FACULTAD DE CIENCIAS POLÍTICAS Y SOCIALES, UNAM



Fotografía digital, 8 × 12 pulgadas, 2007



Fotografía digital, 8 × 12 pulgadas, 2007

Fotografía digital, 8 × 12 pulgadas, 2007







Fotografía digital, 8 × 12 pulgadas, 2007



Fotografía digital, 8 × 12 pulgadas, 2007



Fotografía digital, 8 × 12 pulgadas, 2007

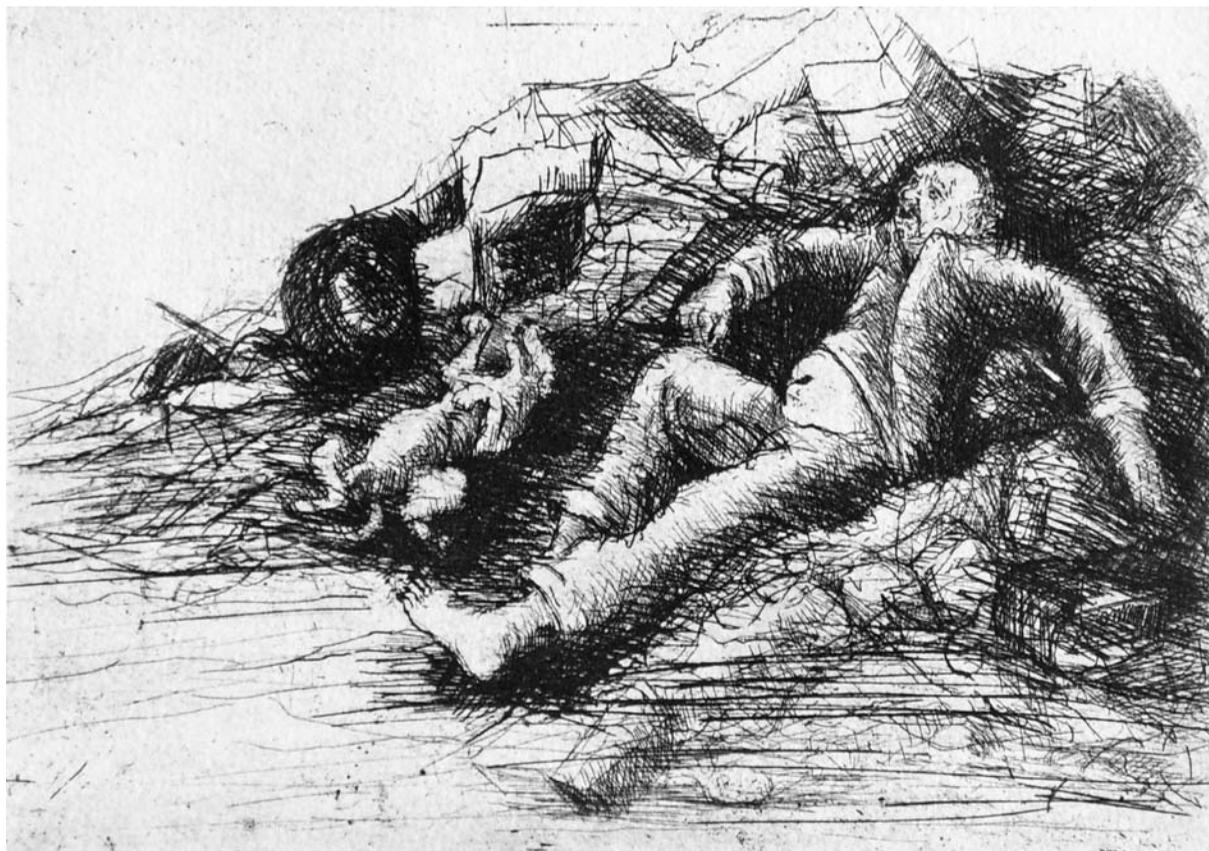


Fotografía digital, 8 × 12 pulgadas, 2007

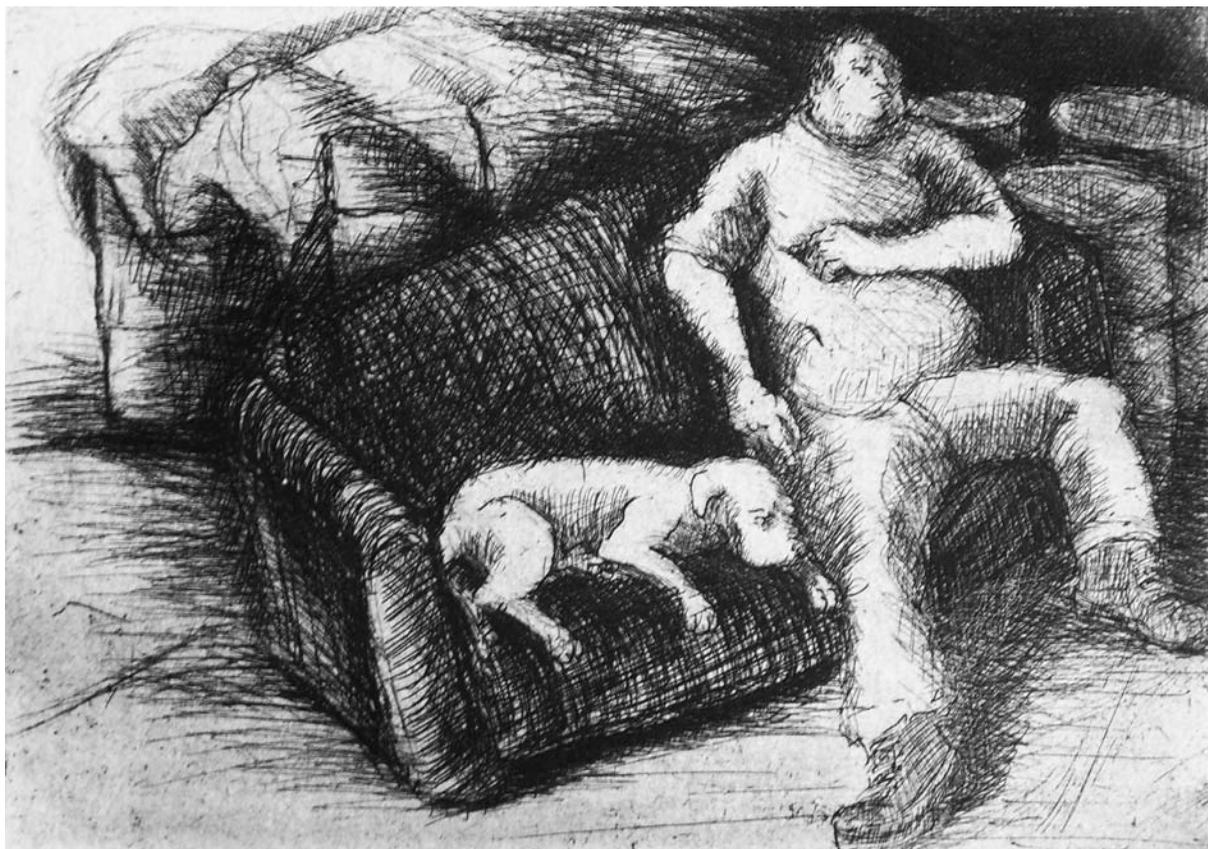
Desechos

Omar Ocampo Flores

ESCUELA NACIONAL DE ARTES PLÁSTICAS, UNAM



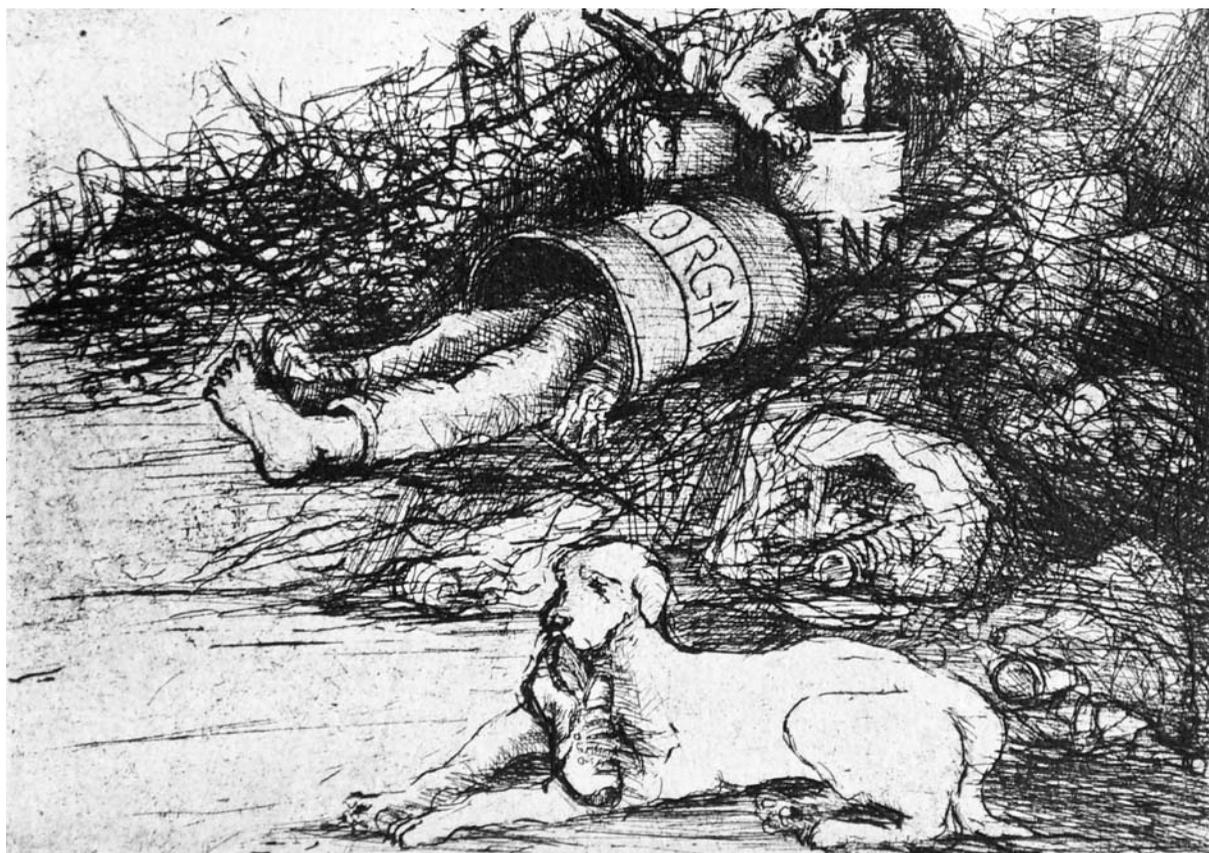
Mirando el cielo, aguafuerte, 20.5 × 14.5 cm, 2009



Los barrilitos, aguafuerte, 20.5 × 14.5 cm, 2009



De a perrito, aguafuerte, 20.5 × 14.5 cm, 2009

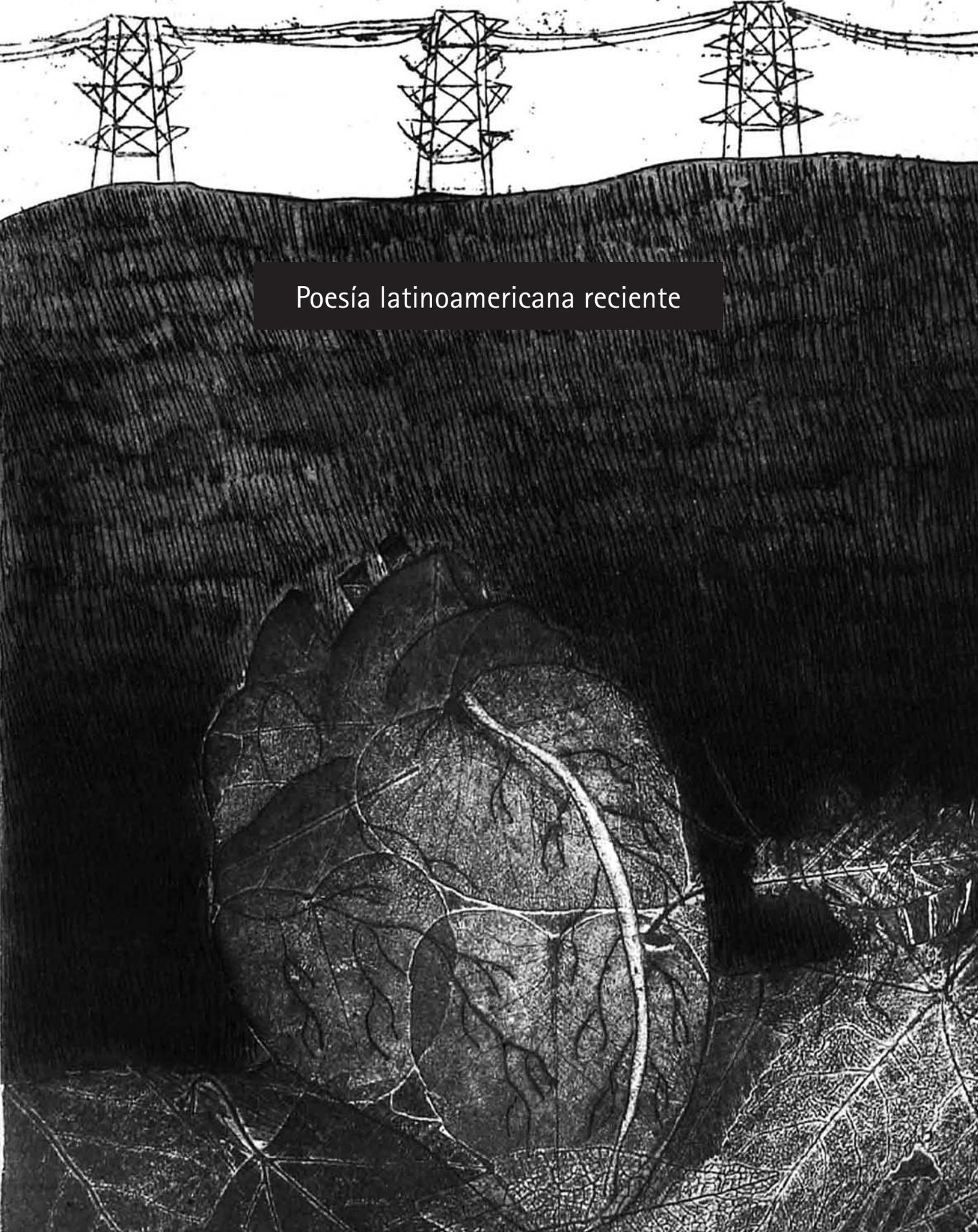


Entambado, aguafuerte, 20.5 × 14.5 cm, 2009



Ándele, aguafuerte, 20.5 × 14.5 cm, 2009

p. 37: *Paisaje con torres de electricidad*, aguafuerte, aguatinta y barniz blando, 16 × 23 cm, 1984

A black and white illustration. At the top, three power line towers are visible, with power lines stretching across the sky. Below them is a dark, textured landscape, possibly a field or a hillside, rendered with fine, parallel lines. In the foreground, a large, detailed leaf is shown, with its veins clearly visible. The overall style is graphic and somewhat somber.

Poesía latinoamericana reciente

Las líneas en el mapa se prolongan

Luis Paniagua

En el número 153 de *Punto de partida*, encargado de abrir el presente año, se incluyó el *dossier* “Siete poetas del cono sur” como la primera parte de una muestra de poesía joven latinoamericana, surgida a raíz de la celebración del FLAP! 2008. En el presente número se complementa el proyecto. No obstante, hablar de ello resultaría arriesgado, ya que, en su conjunto, la muestra se limita a presentar el trabajo de, en esta ocasión, nueve poetas (que, sumados a los anteriores, apenas nos da dieciséis, un número muy reducido para hablar de la producción poética actual del continente), originarios de Brasil, Ecuador y El Salvador.

La selección, como la muestra anterior, responde al azar de los encuentros literarios (que, por otra parte, también son una muestra parcelaria de la producción poética): el de Brasil del año pasado me permitió conocer a Fabio Aristimunho Vargas (cuya poesía hace gala de un manejo preciso del lenguaje, colocando cada pieza léxica como sobre un tablero de ajedrez, buscando, desde la primera línea, desde la primera letra, un desenlace sorprendente, dándole el triunfo, siempre, al lector), a Ernesto Carrión (dueño de un ya muy particular estilo, sabedor del dominio sobre la imagen, el territorio onírico, el escenario inesperado de donde saltan las asociaciones más afortunadas y sorprendentes), a Donny Correia (quien, naturalmente arriesgado, apuesta en sus poemas por el ritmo vertiginoso y el neologismo sugerente, dejando siempre una sensación renovadora al lector) y a Rafael Rocha Daud (artífice exquisito desde el sosegamiento, desde la calma de quien mira lo que pasa y lo atraviesa con la mirada, lo congela y lo esculpe en la página); y en el de la Ciudad de México de 2007 conocí

a Pablo Benítez (poeta de la tensión, de lo que está frente a los ojos, trémulo de candor, de encantamiento) y Juan José Rodríguez (cuya obra da a la luz gránulos de azoro, como gambusino que saca del caudal de piedras de su harnero las preciadas pepitas apenas perceptibles pero deslumbrantes). A los otros tres poetas los conocí de segunda mano: a Krisma Mancía (cuyo trabajo explora vericuetos subtelúricos y trepidantes, que exponen una fuerza casi velada pero con la potencia de una cratofanía) y Osvaldo Hernández (quien con un lenguaje que apela a la sencillez logra cavar hondísimas simas dejando al descubierto los huesos del instante poético, así, plenos y francos como sus breves, luminosas y contundentes creaciones) los conocí por recomendación de su compatriota Benítez, con quien comparto el entusiasmo hacia sus letras; a Wladimir Zambrano (quien decide explorar la palabra desde un caudal sonoro que da pie a los versos de cadencia entrecortada) me lo presentó su coterráneo Carrión, para mostrarme una parte de la producción más novel de su país. De tal modo fue tomando forma el presente *dossier* que, más que una contribución a cánones y legitimaciones, es un afán de proponer a los lectores otros acercamientos, desde diversos ángulos, distintos decires y diferentes formas de abordar un mismo “ómnibus”: el de la poesía joven latinoamericana.

Por último, quiero agradecer encarecidamente al poeta Eduardo Uribe quien, amable y desinteresadamente me ayudó a revisar y enmendar las traducciones de los poetas brasileños que me tocó realizar a mí, con el fin de ofrecer el mejor de los acercamientos.

He aquí, pues, la muestra. 📍

El libro de Mario (fragmentos)

Oswaldo Hernández

EL SALVADOR

*Tal si llegara no la muerte
sino una parte de la muerte, justo a tiempo.*

Luis la Hoz

*También el ser supremo se equivoca.
Pero él corrige con milagros.*

Jorge Boccanera

A la memoria de Mario Molina

I

de nadie son estas falsas luces
este chocar de copas
estas cuidadas muecas de vecino bueno

uno se despide ante el espejo
y se echa de nuevo a la calle
pisa las mismas grietas de la acera
el mismo estiércol seco de todos los perros del barrio
menos del tuyo
porque no tienes uno que te ofrezca un rabo alegre si regresas

y repites el mismo camino
y no piensas en la muerte
y la muerte existe y busca y encuentra
pero no la ves
y vuelves de noche
y abordas la misma acera

y cruzas el umbral
y no la ves

y Mario está envuelto en todos sus dolores
el riñón seco
el cansancio agudo
el hígado obsoleto
y la bandera blanca del vencido en la mirada
y no la ves
a ella no la ves

pero suena el teléfono e imaginas su voz
y piensas en la línea horizontal en la pantalla
y en Mario
que vacío de dolores
apaga la luz
y sonrío

II

la muerte era una angustia lejana
era un trámite extraño
era ciertos rostros aturcidos y sus ojos

también solía ser el café oportuno a la hora en que las velas se van adormeciendo
justo cuando dentro flota Dios en un murmullo de oraciones
y en la acera de enfrente
alguien pierde con visible enfado su última mano de póquer

así de ajena era la muerte

hoy es una madrugada con neblina
las pastillas intactas en la cómoda
y un golpe en el corazón
cuando suena el teléfono

III

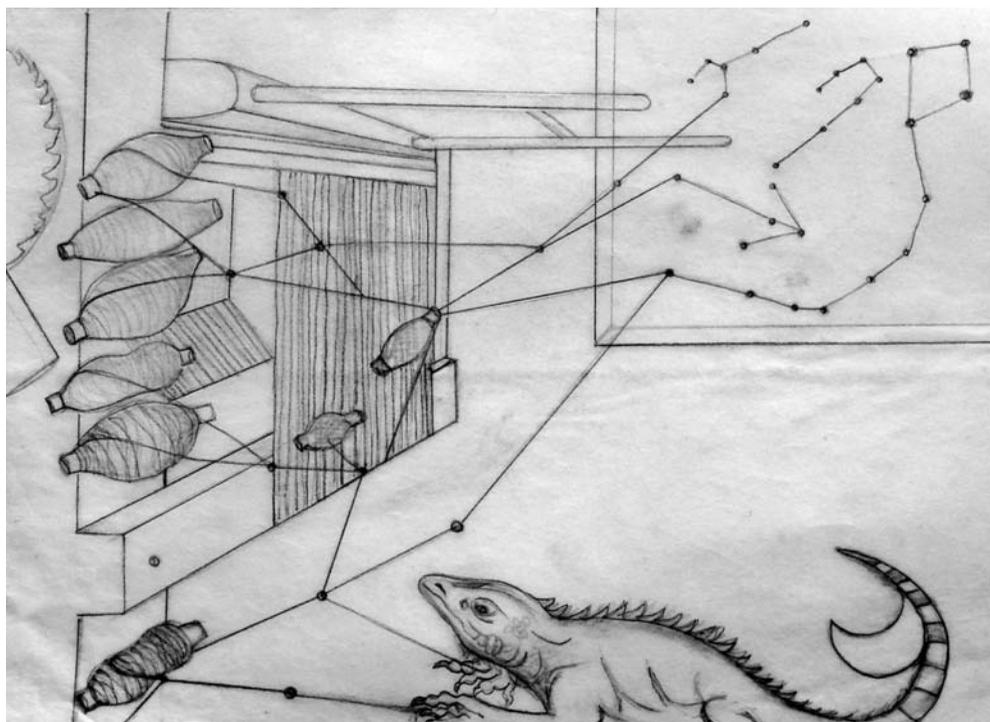
nada te llevaste
nos dejaste todo
te quedaste todo

están aquellos que inauguran con su huella otros caminos
sé de otros que bendicen nuevas aguas
con el fuego de sus labios marchitos

pero tú nada te llevaste

tu último regalo fue una flor de luz en la sonrisa
me lo dijo tu muchacho
el que perpetua tu nombre
el que echa a olfatear su corazón
por todos los rincones de esta casa que siempre te respira
de estos muros donde paso mi mano y te encuentro
de este suelo sumiso a tu andar sordo y leve

nada te llevaste
porque nada se llevan los que nunca se marchan
los que incendian sus naves
con una flor de luz en la sonrisa



El telar de la iguana, lápiz, 17 × 23 cm, 1985

IV

Mario amaba el cine
poco menos que a Elena
quien amaba a Mario mucho más que a la voz de Raphael

Mario odiaba las armas
excepto si Clint Eastwood cortaba de un tiro la soga de la horca
o si Charles Bronson mataba delincuentes
desde la ventana de una viejecita

por ahí andaba su noción de justicia
amar y odiar con equilibrio

una noche los hombres de la causa le ofrecieron la inmortalidad en la línea de fuego
a Mario le bastó señalar a sus cuatro hijos
para que ellos se marcharan con una mordida en el pecho

otra
llegó la Guardia a buscar armas
y los niños dijeron que ésas no son cosas para preguntar a los chicos
y ellos se largaron
con una vergüenza más en sus pesados cascos

Mario amaba a su moto poco más que a la mesa de billar
pero una mañana
Elena recibió una bolsa con ropa llena de agujeros y sangre
y corrió al hospital

a Mario nunca le devolvieron sus pantorrillas
y la moto
en calidad de pieza de museo familiar
se fue haciendo nostalgia enmohecida

jamás se supo quién hizo gritar la metralleta aquella noche
pero seguro que no fue Clint Eastwood
seguro que no fue Charles Bronson

Osvaldo Hernández (Chalatenango, El Salvador, 1976). Es poeta y profesor de Literatura. Ha publicado el libro de poemas *Parqueo para sombrillas* (San Salvador, Dirección de Publicaciones e Impresos, Consejo Nacional para la Cultura y el Arte, 2004) y aparece en las antologías *Trilces trópicos. Poesía emergente en Nicaragua y El Salvador* (Barcelona, La Garúa, 2006) y *Cruce de poesía, Nicaragua-El Salvador* (Managua, 400 Elefantes, 2006). Desarrolla el Taller de Creación Literaria en el programa Escuela de Jóvenes Talentos en Letras de la Universidad José Matías Delgado y el Ministerio de Educación. Es editor asociado de Índole Editores, en San Salvador.

Poemas

Fábio Aristimunho Vargas

BRASIL

Síndrome de Estocolmo

cierta vez en suecia
dos mujeres se casaron
con sus secuestradores
después de cautivas
6 días en un asalto bancario.
también un poema
pasa de rehén a cómplice:
 acabar colgante
 de aquello que se pretendía crítico.

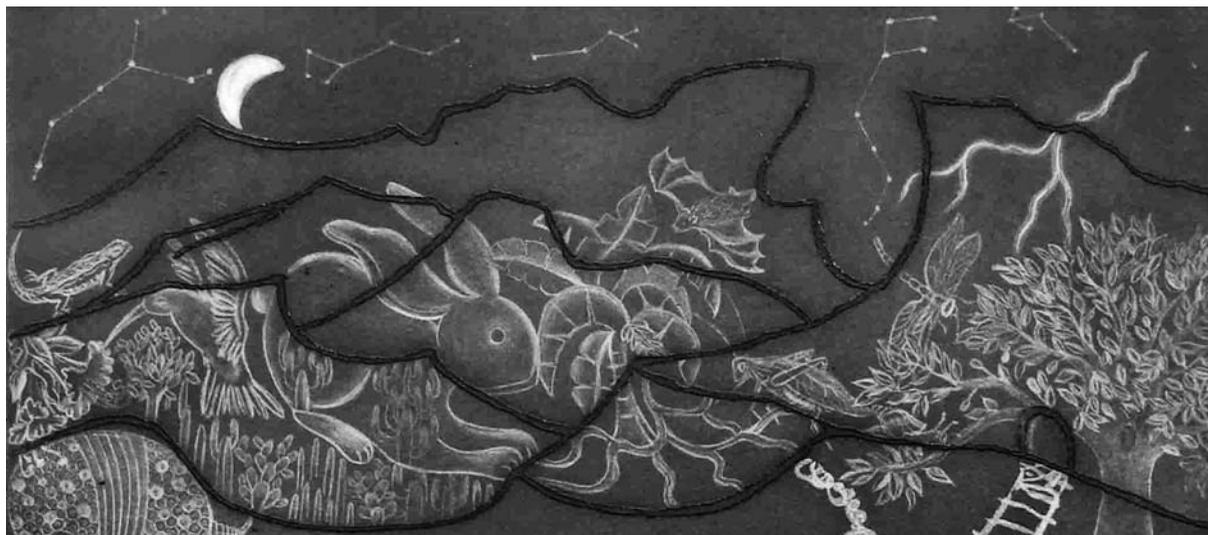
Traducción de Luis Paniagua

Tríptico

para luciana rosa

- | | | |
|---|---|---|
| <p>[1. El pan
en el suelo.
Cuchillo untado
en la mano,
sin el pan,
inútil.
Mano, cuchillo:
comunión
inconsútil,
estática.
Pan:
el suelo
lo deglute,
que nada
es en vano.]</p> | <p>[2. Antenas:
precipicios.
Faros
alejandrinos
de las ondas
radiofónicas.
Afronta
al cielo,
no a la babel
de vicios.
Serán engullidas
por las micro-
ondas
faraónicas
del silencio.]</p> | <p>[3. Gira la hélice
en su auge
(¿yo?)
el helicóptero
que, sin ella,
no confronta
el suelo ni
llega al cielo.
Ateo
de academia,
simulando que
dios murió,
también tengo
mi hélice:
yo – yo – yo]</p> |
|---|---|---|

Traducción de Joan Navarro



Viajes de la infancia (detalle), aguatinata, azúcar y mezzotinta, 20 × 50 cm, 1980

El evangelio según la Plaza Roosevelt

lo que quedó en mí de aquella plaza
además de esas personas que se cruzan, terribles, en el contrapaso,
con su urgencia de mundo, de automóviles, de más metros adelante,
son esos santos y similares
que nos intentan extraer la ausencia
y una cierta pedagogía de vida de quien le da la vuelta a los propios
bolsillos delante de más aptos.

los que se distancian
¿qué pueden decir? ¿monólogos inauditos?
no: como un dios oído a decibelios,
son el moisés de la plaza roosevelt.

Noticias del vacuo

Hoy los astrónomos han decidido que Plutón no es más un planeta.
Dicen que Plutón es mucho menor que la Tierra y también menor que la luna.
Tonterías.
Muchas veces me he dicho que el mes es mucho más grande que mi salario,
pero nunca dejé de constelar cuentas y catastros
y no por eso los astros dejaron de ser astros.

Traducción del autor

Fabio Aristimunho Vargas (Ponta Porã, 1977). Escritor, profesor y abogado. Graduado en Derecho por la Universidad de São Paulo, es además poeta y traductor. Publicó *Medianeira* (São Paulo, Quinze & Trinta, 2005). Organizó y tradujo la antología *Poesías de Espanha das origens à Guerra Civil* (São Paulo, Hedra, 2009), en cuatro volúmenes dedicados a la poesía gallega, castellana, catalana y vasca. Mantiene el blog *Medianeiro* (<http://medianeiro.blogspot.com>). Vive en São Paulo.

Poemas

Ernesto Carrión

ECUADOR

Billy the Kid se ha empecinado en envejecer

.....

Wanted

.....

Silver City: el cielo de Nuevo Méjico es una ballena sangrando sobre una playa de cactus mientras avanzo fardo tras colina árbol sobre frontera entre prados enteros con árboles y prados dentro • en chozas donde no vuelve ni la derrota ni el café hirviendo ni el hijo arrebatado llorando por su madre enferma • en ríos y pedregales y huertos blancos de peras brincando sobre la cresta de una iglesia donde vi una vez un gallo de madera una escalera deforme y a la muerte fumar largo en su caballo

Lunas ha

mi ropa se guindaba suavemente como una joya arrancada a esa nuca peligrosa de los cielos • Yo era un sueño muy joven como para verme acabar de rodillas estrangulado bajo un marco de madera... custodiado de aves peligrosas de bandidos empecinados en reír a tripa suelta de astros contruidos por colillas • de botellas que aplaudían vacías alzadas en estantes

Y a veces —por la tarde— tocar la pena en vitrinas llenas de humo ver los vagones de las casas que jamás partieron • buscar la infancia en mujeres de mandíbulas flexibles que aligeraban el ácido de mis copulaciones • cuidaban bien los burdeles adormeciendo caballos desmelenados y exhaustos sobre canchas de polvo • mesas ocres de teca donde jinetes vidriosos raspaban el whisky amargo atentos por la usura • *estos son mis hermanos* —me decía— animales agachados en montes de piedra • halcones encendidos en la

hoguera de sus pillerías • homicidas hermosos que —acaso sin la ayuda de sus cuerpos— mantenían latiendo al niño en el adulto

Entonces acabarse era importante • saber que Uno era Uno y no los otros saboreándose la pulpa en los excesos • errando desde cero como un animal destrozado que no logra justificar cómo ha vivido pero que ha vivido (Billy reapareciendo en el ojo enemigo • William H. Bonney limpiando su puñal sobre la curvatura crespada de su lengua)

Y desde Lincoln City / desde Tascosa, Texas / desde Clifton, Arizona donde acampé montado al siseo de la serpiente hasta que oí una noche el siseo de la serpiente: afuera está el trabajo la casa por hacerse las deudas pendientes • y el Futuro triturándolo todo —que se paseaba también con un cuchillo en la mano— subió rápidamente desde las ramas en sombra que dejaban los coyotes sobre las colinas

Subió como visiones donde lograba por fin dormir comer hablar apropiadamente sin sentir cómo la carne se hinchaba en la raíz de su furia • masticar el tabaco • afeitarme rumiando el tiempo de los hombres sobre canteras fulminadas y campos de trigo

Esperando el cuerpo que acabe con este cuerpo o el nombre que suplante mis nombres pendientes • que oculte al niño indigente —nacido en Nueva York— que aún me toma de las manos huyendo de las cloacas donde estrellas sepultaron sus huevecillos • donde las cucarachas lamieron el planeta cansadas de migajas y peldaños

Pero tornarse la criatura era difícil: cargar las manos crispadas —de aquí para allá— *abrazando las sombras del mundo* las sogas del mundo • celebrando en alto la muerte en el cráneo del pescado y la púa del agua • colgado de este lenguaje que espolea en cualquier camino disfrazado de hombre • mientras mis muertos siguen centrados en sus rodeos esperando únicamente mi agotamiento • o que diga otra tarde —Adiós a todo esto— apoyado sobre un hombro que no siente • o vuelva otra vez el polvo a mi sombrero: las aguas arremetiendo contra los potros y los potros arremetiendo contra el horizonte • la manzana disputándole al sol su brillo las enaguas de las hembras y el idioma de mi revólver que sólo ha hablado en presente...

Y aun así me preguntan si aboliré la tristeza
Si buscaré entre dibujos la caída del árbol
La emigración de las nubes
perezosas en su terso
contrabando
El apetito del sueño
que hormigueaba en la noche
claveteado a la espina
Yo he de decir aquí aparece el cielo
Yo he de decir aquí araré el principio
Yo he de fundar mi casa
y no volver a partir
sobre terreno extraño



Orquídea, lápiz, 15 × 30 cm, 2004

[5]

miro: este cuerpo es un lugar que existe por la anoréxica bala de un poema
 Únicamente números otra vez sobre los copos de nieve Un poema es un ruido que
 sacude sus botas de pugilista en el patio de al lado Oigo: las estrellas le pertenecen a
 quien las trabaja nunca a quien las admira Entonces cada estrella que se termina es
 una mariposa de mármol —resquebrajada por el centro— como cerilla quemada Palpo:
 Perro y Premonición aún duermen desordenados buscando cubierta Quebrando el
 enroscado de la semejanza que oprime contra el cráneo un entrecejo Un poema es mi
 negativa a entender el Lenguaje en el sitio indicado Espermatozoide trepando al vestido
 que escarba —casi cansado— sobre los muebles Cada Poema debe olvidar el terror a
 perder el estilo en la panza del vaso Cada Palabra —entre tanto— parecida a los muebles
 irá ganando con el tiempo la ordenada forma de la sumisión _____ *Monsieur*
Monstruo: llenos de nudos y ruido: hacia un fondo sin huesos nos despeñamos Mis manos
 seguirán abriéndose por ti cada mañana

De *Fundación de la niebla*

Ernesto Carrión (Guayaquil, Ecuador, 1977). Es autor del libro *La muerte de Caín*, cuarteto formado por los poemarios *El libro de la desobediencia*, *Carni vale*, *Labor del extraviado* y *La bestia vencida* (CCE, 2007), que es, a su vez, el primer volumen de una trilogía única titulada: \emptyset . Del quinteto *Los duelos de una cabeza sin mundo*, volumen siguiente, ha aparecido hasta el momento el libro *Demonia Factory* (Zignos, Lima, 2007; Eskeletra, Quito, 2008; Limón Partido, México, 2009). Además ha publicado *Toma esta cabeza mestiza por donde rodará un dios judío* (Santa Muerte Cartonera, México, 2009). Preparó también el libro *Identidades a plazo [Recopilación de textos de pacientes del Hospital Psiquiátrico Lorenzo Ponce]* (CCE, 2008). Ha sido Premio Nacional de Poesía César Dávila Andrade (2002), Premio Latinoamericano de Poesía Ciudad de Medellín (2007), Premio Nacional de Poesía Jorge Carrera Andrade (2008), Finalista del II Certamen Hispanoamericano de Poesía Festival de la Lira (2009) y Becario del Fonca y la Agencia Española de Cooperación Internacional para el Desarrollo (2009).

Poemas

Rafael Rocha Daud

BRASIL

Jueves, 20 de marzo de 2003

Hoy comenzó la guerra.

Ahora ellos dicen: “no a la guerra”.

Los misiles, el ruido estridente de las radios;

la mala comunicación por satélite.

“Pueden fallar”, dicen,

“No son precisos.”

De cualquier forma aturde esa ingeniosa maquinaria,

Y los nombres de muchos misiles y aviones.

Se tiene tanto horror de las batallas medievales,
sus masacres anónimas, sus príncipes caídos;

la locura en las trincheras del Frente Occidental;

de la Guerra de los Canudos, no se recuerdan los nombres de los cañones,

se guardan los nombres de las personas y los lugares.

Ahora sólo se recuerdan los nombres de las armas.

Cuando se dice: “No en nuestro nombre”, se quiere decir:

“No nací con nombre de misil.”

Para algunos, sin embargo, es la misma cosa.

“Ustedes no nos representan”,

sin embargo, somos nosotros los que perdimos la guerra antes de que ella comenzara.

No sólo ordenaron el desarme del enemigo, escudriñaron su país,

cercaron las vías de escape:

Predijeron el futuro y todo el contenido del momento histórico

—dijeron eso tan sólo para hablar de reconstrucción—

—los que no tienen memoria dicen reconstrucción con docilidad—:

Nadie quiso nunca decir “acabaremos con ustedes”, aunque lo decían con frecuencia.
Quisieron decir: “no hay lugar para ustedes”, y
“están con los días contados”.

Hoy vi las banderas y los afiches diciendo “No a la guerra.”
Ya no puedo creer en esos afiches.
La cuenta de los días todavía resuena en la memoria.
Todavía recuerdo los camiones blancos en convoy
el Secretario General de la ONU diciendo: “¡Ahora Kuwait!”,
“Lo intentamos todo; el monstruo gigante enloqueció.”
“Salvemos las pequeñas embarcaciones.”
“El monstruo gigante enloqueció
salvemos las pequeñas embarcaciones.”
Nuevamente los olvidados, los que nunca dicen nada
pero los salvamos.
Debe existir quien sepa vengarse.

Traducción de Alan Mills

VIOLETA Y HOJAS SECAS y toalla roja
Y pan de sal y marca de vino
Sobre la mesa de la sala
Pero estamos en la cama de la habitación sin luz

Ocupados con nuestros pensamientos
Nos observamos el uno al otro, y al apartamento
Buscando una idea un quehacer
Y sólo te tengo a ti

Hicimos tus maletas, es verdad
Esperamos la hora de partir
Y ya sé a dónde vamos
No, eso era para recordarlo después

Alguien nos vendrá a buscar
Y cargará nuestras cosas
Y yo te diré cosas bonitas
Y no habrá despedidas

Tú pones música de Milton para que suene
En medio de una frase mía
Y acompaño la melodía
Me olvido de lo que estaba hablando

Tú tejes comentarios escandalosos
Sobre el beso que te di en la cocina
Mentira, lo habíamos ensayado todo
Te gusta verme sufrir

¿Te acuerdas de un poema de Drummond?
Ya sabes que no vivo sin ti
Cuando estuve en la calle Lopes Chaves
No me dio pereza, sólo tenía mucho frío
Y mentiría si te digo que no me conmovió

El brasileño aquél:
 Quizás con suerte nos pareceríamos
 Y Drummond tan muchacho, tan compadre

Sabes que me gustan las flores y el invierno
 Y el mes antes de septiembre me llena de alegría y esperanza
 Y cuando sea tu cumpleaños no te daré nada,
 Porque soy pobre
 Pero escoge cualquier cosa
 Que yo removeré las manchas y será, de corazón, todo tuyo.

Traducción de Alan Mills



Ofrenda II, aguafuerte, 29.5 × 24 cm, 2000

Rafael Rocha Daud (São Paulo, 1979). Poeta, psicoanalista y profesor. Publica poemas desde 1999 en diversos medios impresos y virtuales; sin embargo, su primer libro aún está por publicarse, y se llamará *Poemas para el siglo XX*. Es organizador del Festival Latinoamericano de Poesía (FLAP!) en São Paulo. Mantiene un blog llamado *Lo que voy a comer mañana*, en el cual vierte sus opiniones más controvertidas y publica sus trabajos más recientes.

Poemas

Juan José Rodríguez

ECUADOR

Dolor

IV

El último emblema no es de muerte.

(Sin miedo, el pez
en manos del mudo carnicero
recita la balada del fondo).

Lengua del vencido

Un oído que escuche mis palabras
será el vacío.
Pero tu oído no.
Tú escuchas
lo que derrota mis palabras.

Acorde para Frank O'Hara

A Iván Carvajal

Cruzo la vida en una efigie ajena:
cuerpo, médula, materia.
Vuela una abeja entre la tinta
sobre la lengua de los bosques.

En la mente, los niños se murmuran
que la pelota perdida tras el muro
migra en la luz hacia la muerte.

No hay nada sorprendente en las palabras:
una abeja que es lengua, una pelota extraviada.
Todo dice o calla cosas:
materiales que vuelan por la nada.

Lugares del río imaginado

I

No debe precisar sus orillas,
sino difuminarlas.

Al dibujarse un río, debiera ser portátil
porque sólo la mente conserva su sonido
al chocar en las rocas:
espuma como baba de plata,
como reposo lleno de mirlos.

No debe fijar sino diseminar,
pero no el sentido sino los colibríes,
las murallas y, desde luego, el río.

II

Las palabras “*The Negro Speaks about Rivers*”
titulan un poema de Langston Hughes.
Yo escribiría algo así como:
“*El Cobrizo habla de Ríos*”.

III

O quizás debe ser como la nube
que atraviesa otra nube,
tan insensatamente, sin preguntas.
Y así encontrar la espuma de lo blanco
en las aguas que bajan,
granizo y lluvia, para el río.

Sobrevivida, al fin, será la transparencia.



Mujer adolescente con perro, aguafuerte y aguatinta, 16 cm ø, 2003

Combate del metal y del bosque

A Raúl Pacheco

Siempre los dedos de las zarzas
cubren los trenes vencidos por la aurora.
Escucho el crecimiento de la yedra
sobre las máquinas heridas bajo el óxido.

En el hierro gastado crece el musgo
cosiendo distancias con su hilo.
Arriba del escombros se eleva alguna efigie:
este pájaro juega con una rama roja.

A mis ojos se abre la floración del bosque:
los trenes de metal comprenden mi existencia.

Plagio a Paul Muldoon

El ojo me invita a ungir árboles secos.
Tras el bosque,
hay rascacielos en el teatro del mundo.
La mirada es como la —*déjame a mí*— llama del día.
Así, junto a la carretera, yo veo un auto, un Volkswagen,
un rótulo, un “no sé su nombre”, un auto.
El ojo hace un dibujo para la mente.
Traduce a palabras.
La mirada es una lengua extranjera.

Juan José Rodríguez Santamaría (Ambato, Ecuador, 1979). Poeta y traductor. Licenciado en Periodismo. Egresado del posgrado en Literatura Hispanoamericana por la Universidad Católica de Quito. Magíster en Estudios de la Cultura, mención Literatura Hispanoamericana, por la Universidad Andina Simón Bolívar. Hizo cursos de traducción en Madrid. Ha traducido a varios poetas de lengua inglesa, como William Stanley Merwin y Mark Strand. Ha publicado varios ensayos sobre poesía hispanoamericana, sus primeros poemas están reunidos en el libro *Los rastros* (2006). Obtuvo el premio de poesía joven La Garúa (2007) por su libro *Viaje a la mansedumbre* (Barcelona, 2009). Parte de su obra consta en antologías como *Álbum de arena. Antología binacional Ecuador-Perú* (2008) y *Antología de la poesía-literatura de Ecuador* (Madrid, 2009).

Poemas

Pablo Benítez

EL SALVADOR

11. no

mejor no esperemos aquí
nunca
no más
no menos

a cada costado, fémur
retinas
cráneos
quizá cielo

en lo sanguíneo
un resplandor ebrio
ganas de arrancarme cuellos
abrir poro por poro
para que animales gruesos quepan en ellos

un galope salió de mi cuerpo
pausado
triste
violento

mejor no estemos aquí
nunca
no más
no menos

De Nuestras muertes (todas)

Cronologías

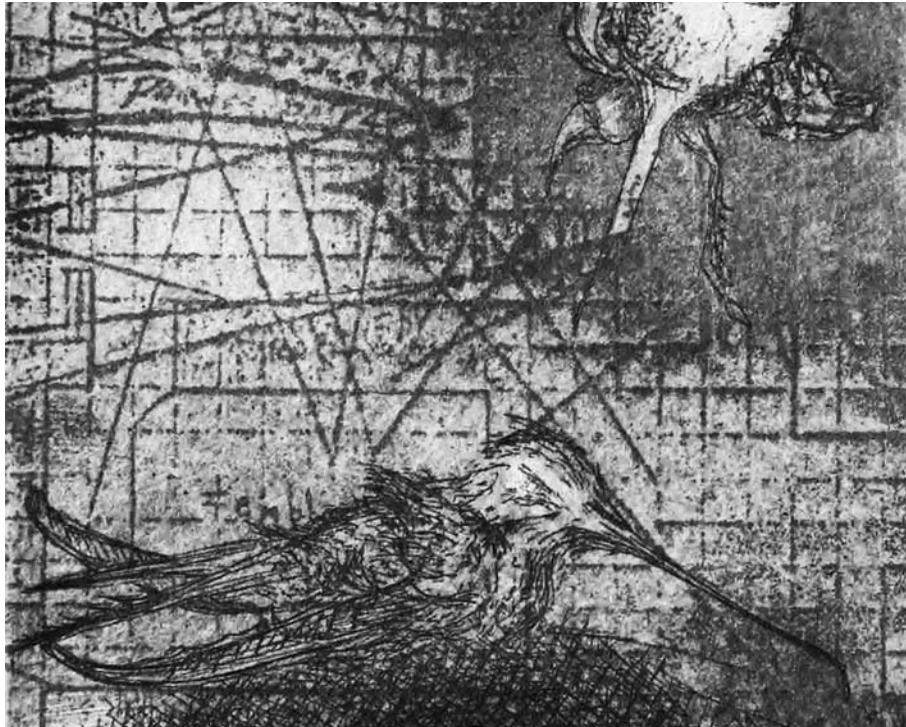
otro sueño quemado
otro párpado abierto

el viaje:
lámpara genial
paz

cronología inútil
esta que me pesa
y que me falta

cronología de la sombra
torpe

De Criaturas mínimas



Pájaro herido (detalle), transfer de fotocopia y aguafuerte, 8 × 9 cm, 2005

Fatiga

entreabro el ojo
lo cierro

hay un pesado rumor sobre mí
una lluvia como de gatos alegres
y no sé qué

hay páginas
apuntes
un calendario sucio

hay un cuerpo en la cama
desnudo
apagado

De Después de la nada

No sé por qué te escribo

No conozco tus palabras exactas
No sé amar entre muertos y gargantas
Pero yo no he inventado las manos de los hombres que matan
Yo solo quiero devorar mi corazón
Y quedarme tranquilo
Besándote la espalda

De Nada

Miedo

breve sueño el que nos queda
la noche tiembla
retumba en las paredes
un ruido de cuerpos

si Rubén estuviera,
tomaría agua
o fuego
y encendería la luz
para observar,
fijo,
el movimiento de los muertos

pero el agua es escasa,
la sed nos cubre,
el hambre fermenta

en esta terrible caverna,
ochocientas osamentas están bajo las piedras

es la señal de la tiniebla,
habrá que mantener abierta la puerta

De Después de la nada

Pablo Benítez (San Salvador, El Salvador, 1980). Poeta, narrador y ensayista. Estudió literatura en la Universidad de El Salvador. Ha ganado dos premios de poesía, en 1999 y 2000, ambos municipales. Ha publicado un cuaderno de poesía: *Nada* (San Salvador, Impresos Mazatli, 1999). Entre sus inéditos se encuentran los poemarios *Travesía de las bestias* y *Nuestras muertes (todas)*, así como el ensayo *Sacar al sol el corazón. Roque Dalton, 1966-1973*. Actualmente es editor en el Instituto de Estudios Históricos de la Universidad de El Salvador y estudia filosofía en la Universidad Centroamericana.

Poemas

Donny Correia

BRASIL

Cuerpocárcel

dermis de plumas, húmeda

suculenta

fórmase vulva de piedra

glácea

suspiro que sea bélico

sospecho que sea eclipse

sonido sordo:

música en su cuerpo

sin partitura,

gentil veneno sin bula

cuchillo de dos besos

lánguida lámina

de pelos y plasmas

túnel de lava hambrienta

cercada de guijarros púdicos

amianto de fuego plata

en la sólida disciplina del verdugo

prisionero de su piel seda: soy

me esfuerzo en el capullo letal

de la miel retenida en su cuidado

los emblemas del vicio

azotan la ausencia

deslizar de dedos

por kilómetros intensos

de tensión insaciable

de repulsión violenta
carnal
trompetas de mil puntas
dilaceran la libido
y tocan la balada
mordaz de un hambriento
que se harta
de agonía
dermis de plumas, húmeda
suculenta
banquete de orgías griegas
aperitivo de imagen
sola, proyectada en video
céfalovirtual
alquimia letal
de oro y cicuta
hollín en los
escombros de lo
b e l l o
me derramo tórrido
en el unicuerpo: nosotros

Traducción de Luis Paniagua



Vestigios (detalle), aguafuerte, aguatinta, azúcar y mezzotinta, 18 × 25 cm, 2003

Cocaína

*You are the perfect drug,
the perfect drug,
the perfect drug.*

NIN

el mármol me sonrío
dos líneas blancas
demarcan el maquillaje
veo lo que no está allá
confundido entre
lo que es polvo
y lo que es piedra
una nota de diez
hecho conductor
de electrificación
tres hombres
un urinal
inmundo
friends,
my dear friends
they never bother
about death jerkin off
behind the toilet doors
corazón invertido
mejillas manchadas

como la sonrisa
de Lucifer
el pozo llorando
pidiendo
mi mucosa olfativa
en un plato de cocaína
no hay cómo rechazar
no hay qué rechazar
cierro los ojos y aspiro
tú te haces para atrás
cada vez más para atrás
con tu buena voluntad
con tu lance sereno
cheers, whore!
lo que viene después
(en el futuro)
será *black-out*
la harina es
álbum de tiernos
recuerdos
...las cosas que hacemos
cuando
la muleta de cobarde
says: bye...
without you everything falls apart

Traducción de Luis Paniagua

Donny Correia (São Paulo, Brasil, 1980). Es poeta, traductor y videoasta. Graduado de Letras y Traducción en el Centro Universitario Iberoamericano (Unibero). Publicó el libro de poemas *El eco del espejo* (São Paulo, Scortecchi, 2005); próximamente verá la luz *Cuerpocárcel*, su segundo volumen de poesía. Actualmente es coordinador cultural de Guilherme Almeida. En el campo audiovisual realizó los videos *Anatomy of Decay*, *Brain Eraser* y *Vader construcción*. Actualmente realiza el cortometraje *Tótem*.

La era del llanto (fragmento)

Krisma Mancía

EL SALVADOR

*El loco de ojos vidriosos ama las piedras
y las palomas que nunca han sido tantas
y los pensamientos que han sido muchos.*

Alfonso Kijadurías, *Los estados sobrenaturales*

Cuando las lámparas comprimidas de luz
se empuñen contra el pecho ennegrecido de la noche
y se acribillen sin piedad los recodos de los crepúsculos.
Cuando los ciegos maldigan a la oscuridad
y le declaren su odio de párpados,
su fantasía de colores,
su melancolía de imágenes.
Cuando las manos se desgasten
en el reflejo aséptico del cielo
y el blindaje de las nubes derrita
su repertorio de pájaros muertos,
entonces la oscuridad se rebelará de los armarios
y no existirá lugar sin luz sobre la tierra.
En cada rincón, en cada entraña viva,
incluso entre los muros,
incluso tras las puertas cerradas,
incluso en el fango de la boca,
nacerá, crecerá,
y se acuñará la luz.



El capullo (detalle), aguatinta, barniz blando y mezzotinta, 20 × 50 cm, 2001

En los actos fallidos del arrepentimiento
 los suicidas contemplarán la lejana posibilidad
 de encontrar el abrazo de la muerte
 y tratarán de hallar la identidad perpetua de la noche
 y querrán bajar al corazón de la tierra
 y cruzar tuberías
 y acariciar el lodo;
 pero a lo largo de sus sufrimientos
 no descubrirán más que ataúdes luminosos
 que les pincharán el tacón izquierdo
 del arco angustiado del pie derecho.

Los niños, con su ternura de brazos
 y sus redes de acertijos,
 buscarán en las profundidades de sus camas
 el néctar prohibido del sueño
 para alimentarse los sentidos
 y empaparse las miradas;
 mas al cerrar las pestañas
 un racimo de colores confundidos

se esparcirá dentro de sus ojos
y al indagar sobre el tono más gris del gris
todo se reducirá al tono más blanco que el blanco.

Y al no tener tinieblas los oídos nocturnos del tiempo
se recordará al grillo con especial afecto,
porque no habrá signos
que palpiten en el pulso del sonido,
porque se quedará sin huellas
el prisma repetitivo de las cosas,
y se extrañarán los relojes,
la letra oscurecida,
el azabache del pubis.

Oh, Rosa Náutica, juguete insaciable de la brisa,
amante de las direcciones
y letargo de los silencios:
trajiste tu desconsuelo en un muestrario de profecías
y de tu chistera sacaste los demonios impacientes
para dejarlos habitar en la mano del pasado.

Y se evaporó el olor de tus océanos,
desparramando la sal en la piel persistente de los cactus
y surgieron enjambres de bestias
que alabaron el idioma de las luces
y se alimentaron de movimientos,
de gestos involuntarios,
de nervios carbonizados.

¿Qué será de los seres sin sombra,
sin rastros de sí?
¿Qué será de la noche cuando huye de sí?
¿Qué será del ciego si al cerrar los ojos
no ve más que luz?
¿Qué será del cielo sin ritos de estrellas,

sin sueños de niños?
 ¿Qué será del alma de las cosas
 y del juego oculto de las luciérnagas?
 ¿Será, acaso, una mancha de sangre
 desfilando hacia su pasado de rabia?
 ¿Será quizá un acto de penas
 que encierra el rumor de las armas
 en el mundo líquido de los espejos?
 ¿Tal vez la exclamación ensordecedora
 de un tiempo olvidado?

Es que ahora bulle la sangre dentro del organismo
 y se pudren las articulaciones
 y los alacranes sostienen su calcina de momias dormidas,
 su sarro, su arcilla, su estéril saliva
 y su duro montículo de veneno.

Es que ahora el capricho de los dedos
 nutre la dualidad de las cosas:
 de lo bello, lo feo;
 de lo malo, lo bueno;
 del instrumento de marfil, la calavera de mármol;
 de las lenguas de las víctimas, las escépticas palabras;
 de la roca viva y del contenedor de los espíritus,
 el soplo de la esperanza y la oquedad del limbo
 de aquellos que fueron, y siguen siendo,
 misterio de ceniza iluminada.

Krisma Mancía (San Salvador, El Salvador, 1980). Estudió el profesorado en letras de la Universidad de El Salvador, y teatro en la Escuela Arte del Actor. Formó parte de la primera generación del taller literario de La Casa del Escritor. En 2004 publicó su primer libro, *La era del llanto* (Dirección de Publicaciones e Impresos, Colección Nueva Palabra, San Salvador), y en noviembre de 2005 ganó el primer premio internacional de poesía joven de la editorial La Garúa, de Barcelona, por su libro *Viaje al imperio de las ventanas cerradas* (La Garúa, Barcelona, 2006). Aparece en las antologías *Trilces trópicos* (La Garúa, Barcelona, 2006), *Cruce de poesía Nicaragua-El Salvador* (Managua, 400 Elefantes, 2006) y *45 poetas. Antología* (*Revista Cultura 94*, disco de audio, DPI, San Salvador, 2007). Ha sido publicada en revistas de diversos países, en español y catalán.

Poemas

Wladimir Zambrano

ECUADOR

[Corte y regreso]

*Véase la extensión del agua y en la boca el cuerpo de la sal mezclándose
con los niños corriendo desnudos sobre un nuevo puente de cobre
la paz sosteniendo la córnea de un ebrio con sus embarques y jaulas
equidistantes para comenzar la tarea
del segundo error mientras aquí sucede
una emisión de colores bajo el mandibular de la arena*

(otra vez)

Quizás también estos niños que me habitan,
del corazón ante la playa abierta
a los vitrales circulares,
levanten junto a varias clausuras que se amontonan
de promesas temporales y el diezmo de la tarde en los ojos para el sueño
gran monotonía de la gente en los recuerdos de folclore entre mi madre
padre
amigos y el colegio
cuyos nombres repito como se recuerda una lengua olvidada
entre anécdotas y sitios
fragmentos audiovisuales
que paladean la realidad de ahora
en mi mente reinventándose en la necesidad de este oficio

Paz

donde la tarde acaba con el vacío de letras,

este creerse superior cuando se sufre lo mismo.

Transformo el humo.

ESE NIÑO DELGADO COMO FANTASMA DE SERPIENTE

RIEGA SU AIRE SUCIO AL REVÉS LAS COSAS

Transformo el humo

y todas las palabras caen.

Pozos aparecen, recrudece la sed, pero se avanza

hacia una tarde imposible donde se espera recuperar la pureza, dormirse una noche como todos los demás o la boca en la fisura donde se confía la simiente de mi paz eterna.

Transformo el humo.

Preparo banquetes personales. Y alguna vez en este mismo sitio, sobre árboles de mangle en mi noche de labios de sed petrificada,

giré la esfera en el ruido de los cuerpos y Busca a través de mí

Busca

puñales en palabra de un cierto apego a la tierra para decirme un nativo

puñales en palabra como los últimos estragos del
día.

Transformo el humo.
Miro las casas,

los árboles,

los días. Intento recomponer su memoria para tirar de sus cadenas

Transformo el humo.

El mundo del hambre sumergiéndose ante el mundo del hambre.

Transformo el humo.

Una isla aparece

Wladimir Zambrano (Guayaquil, Ecuador, 1984). Poeta, artista visual y docente. Fundador de Puerto Guerrilla (Tácticas de intervención literaria), colectivo que tiene como fin renovar el formato de las lecturas poéticas y su inserción en la esfera urbana. Merició el Premio Nacional de Poesía David Ledesma Vásquez 2009 por *Diario del crepúsculo*. Es licenciado en Comunicación Social y escribe en la revista virtual *Casa de las Iguanas*. Ha participado en recitales poéticos dentro y fuera del país. Los más recientes son el III Encuentro Latinoamericano de Poesía Actual Poquita Fe, en Santiago de Chile (2008) y La Fiesta de la Poesía 2009, organizado por la Alianza Francesa de Guayaquil.



Después de Little Boy

Arturo Vallejo Novoa

Daniel Sada

Casi nunca

Anagrama, México, 2008

6 de agosto de 1945, lunes. 8:15 a.m. A la bomba atómica que está destruyendo la ciudad de Hiroshima, Japón, la apodan cariñosamente “Little Boy”. “Niñito” causa la muerte de entre 70 y 130 mil personas. Éstas son las víctimas inmediatas, las que morirán por radiación vendrán después.

Al día siguiente, el presidente de Estados Unidos, Harry S. Truman, anunciará al mundo el éxito de la operación. La noticia llegará días después hasta el otro lado del planeta. En Oaxaca, México, el acontecimiento será comentado (un jueves, no necesariamente el siguiente) por los habitantes de una casa de huéspedes, entre ellos Demetrio Sordo. ¿Qué le puede importar Hiroshima a este ingeniero agrónomo que se convertirá en fugitivo, en empresario, en antrero, en pretendiente?

“Si el mundo está por acabarse, que se acabe ya.” Ésas son palabras de Demetrio, pero sus problemas son otros: por ejemplo, encapricharse a la vez con Renata, niña bien de la aristocracia rural coahuilense venida a menos, y de Mireya, prostituta local venida a más.

De Hiroshima a Oaxaca. Los primeros visos de la aldea global se asoman cuando estas palabras tenían todavía algún significado.

Esto es *Casi nunca*, la más reciente novela de Daniel Sada (Mexicali, 1953), merecedora del premio Herralde 2008, que comparte con Sergio Pitol (1984), Juan Villoro (2004) y Roberto Bolaño (1999), quien alguna vez dijo que Sada tenía una de las obras más ambiciosas de nuestra lengua, comentario que los editores no se cansan de citar en las cuartas de forros.

Casi nunca reelabora los temas del amor cortés a la *Roman de la Rose*, pero sin Aquitania; *Cárcel de amor*, pero sin Leriano y Laureola. Es un manual de cortejo que se regodea con prácticas de conquista ya obsoletas, pero que conllevan el objetivo original: cogerse a Renata, atrapada en su remoto castillo coahuilense, el cual funciona como metáfora de su polvorienta castidad. Christopher Domínguez cataloga como erótica esta novela, pues trata el sexo en todas sus proyecciones. Sin embargo, los

personajes de *Casi nunca* apelan más a la piedad y al patetismo que al deseo de sus lectores. Sada no es un seductor, trabaja con la estética del esperpento; da una sensación parecida a la que causa verse obligado a llevar torta de huevo con chorizo de *lunch* a la escuela.

Dice Rubem Fonseca que la novela no ha muerto; en todo caso, el lector es el que ha fallecido, pero el escritor resiste. Bonita imagen cuando se le sobrepone a Daniel Sada, quien, en definitiva, no es un narrador gentil con el lector. Sada está vivo. Ocho novelas después todavía ofrece nuevos retos a sus lectores por medio de su prosa trabajada —diseñada— desde la retórica. Prosa metaconsciente, diría Carmen Boullosa. El lenguaje de *Casi nunca* arranca con potencia, con desparpajo, con caradura: abruma tanto como magnetiza. Sin embargo, da la impresión de que su fuerza decrece un poco conforme pasan los capítulos. El impacto ya no es el mismo hacia la mitad del texto, cuando incluso se asoma hacia lo convencional en ciertos pasajes.

Por la amplitud de la trama, *Casi nunca* podría ubicarse en la mitad de la obra de Sada: entre la anécdota mínima de *La duración de los empeños simples* (2006) y la épica desértica de *Porque parece mentira la verdad nunca se sabe* (1999). Una presenta un microcosmos de pequeñas inercias, la otra una cruzada de empeños inútiles. *Casi nunca* muestra ambas cosas. Lo anterior no quiere decir que se trate de una novela poco ambiciosa; es posible que, en ese aspecto, supere a todas las demás. Su éxito no está en los grandes acontecimientos, sino en mantener un tono exuberante entremezclado con situaciones que se resuelven a media luz. Su prosa es casi un oxímoron. Por sistema, Sada renuncia al oportunismo narrativo, y hace bien: Mireya es abandonada y no vuelve a aparecer; desde el comienzo se sugiere un incesto con la tía solterona y lujuriosa, que nunca se consuma, ni siquiera se le da seguimiento; están también los ladrones, de quienes no volvemos a saber. Sada lo resuelve todo en una —como diría el mismo Demetrio— óptima nivelación.

Salta a la vista que el autor trabaja sobre un tema recurrente: los proyectos familiares. En su novela anterior la familia forma un ecosistema en apariencia frágil, siempre fastidioso, pero de corazón inalterable. La madre se aficiona a la uroterapia y el padre dilapida su liquidación, pero el conflicto se resuelve cuando deciden fundar una especie de PyME familiar. En *Casi nunca* Demetrio Sordo intenta varios oficios y prueba diversos negocios. Lo más interesante es que en todos triunfa, pero siempre

tiene que abandonarlos; no es sino hasta que se asocia con su madre que se establece y prospera. En cambio, la fortuna de Renata decae cuando uno de los componentes —el padre— desaparece. Casarse con Demetrio será su salvación, pues su objetivo es integrarse a un nuevo bioma: la familia Sordo. Por más trabas que le ponga al pretendiente, jamás dejará escapar una oportunidad como ésta.

De Sada se han dicho muchas cosas: que es excéntrico, incómodo, salvaje, barroco, estilista y hasta marginal. Cuando se habla de él se suele citar a Rulfo, Arreola y Yáñez, pero sobre todo a Lezama Lima. Sada mismo se ha encargado de negar esas acusaciones; así lo expresa en entrevistas y lo avala con su obra. La verdad es que no necesitamos a Bolaño para darnos cuenta de que no hay otro narrador como Sada. Ya lo dijo Domínguez: Sada sólo se parece a Sada.

Más de 1 559 kilómetros de Oaxaca a Coahuila, tres días en tren, carretera y lancha para ver a Renata sólo media hora. Sin olvidar que las reglas del cortejo que la familia santurrona ha impuesto obligan a no tocarla, no mirarla a los ojos siquiera. Y luego, tres días más para regresar. Además, el viaje sólo se puede hacer una vez al año. Demetrio es un caballero andante, pero también un Ulises. Después de estallada la bomba atómica, el destino es Piedras Negras, centro cultural universal superior a —parafraseando a Sada— Hiroshima después del bombardeo. Nuestra aldea se extiende hasta ahí. Tanto esperar, tanto viaje, tanto periplo, ¿y todo en busca de qué? La respuesta se encuentra desde las líneas que abren la novela: “El sexo, como pretexto válido para romper con la monotonía: el sexo-motor; el sexo-ansiedad; la costumbre del sexo...” P

